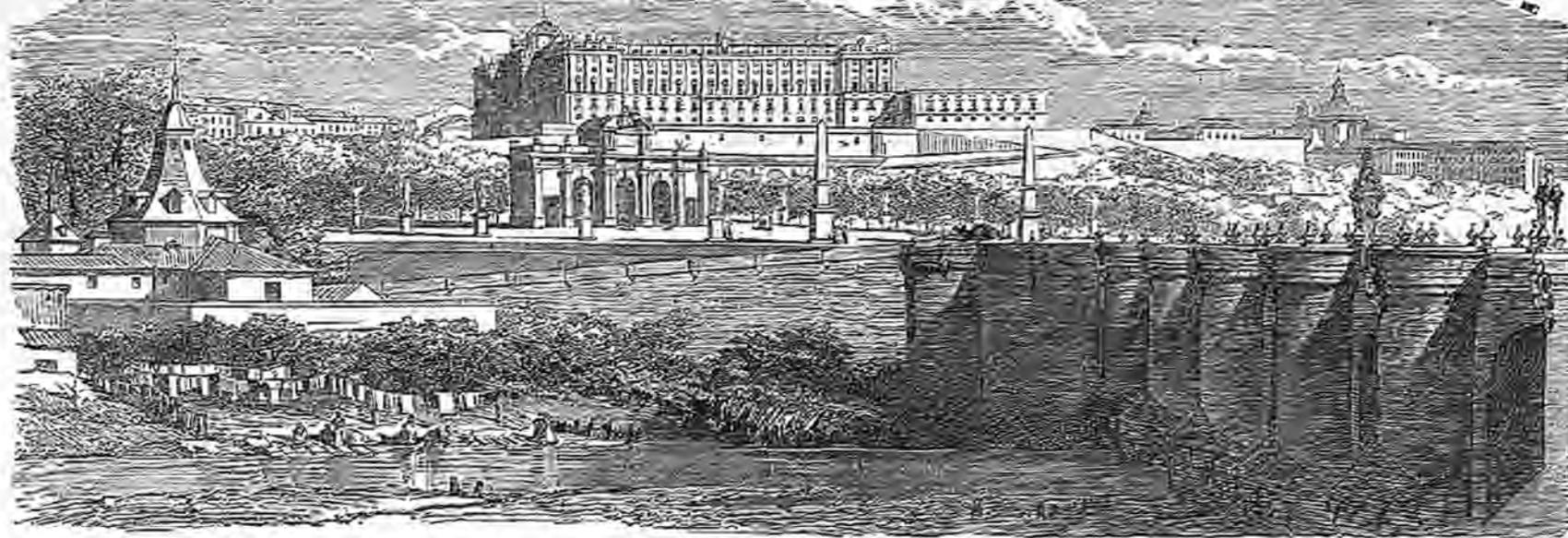


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE FEBRERO DE 1870.

NÚM. 4.º

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—Muerte por decapitación (conclusión), por el Dr. D. Pedro Mata.—El buen sentido, por D. Eugenio de Ochoa.—Bueno á una señora (poesía), por D. Ventura Ruiz Aguilera.—El valle de la muerte, traducido del Alenard (poesía), por D. Manuel del Palacio.—Revista científica, por D. Juan Gaspar Monti.—Saber vivir, por D. Carlos Frontaura.—El capital y el trabajo, novela (conclusión), por D. Luis de Eguíluz.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Jané.—La Ajuda, por D. Ángel Fernández de los Ríos.—Enterramientos de Garcilaso de la Vega y de su padre, en Toledo, por D. Gustavo Adolfo Becquer.—Tipos de Soría. Aldeanos de Puente Toba. pastor de Villaciervos y leñador de los pinares.—Antigüedades americanas, por D. Esteban Salas.—Busto del Sr. Schegaray, por el Sr. Grijera.—Pozo árabe de Toledo, por D. GARCILASO.—D. José de Schegaray, fot. de Laurent.—Palacio de la Ajuda, del mismo.—Enterramientos de Garcilaso de la Vega y de su padre, en Toledo, de D. Valentín Bécquer.—Pozo árabe en Toledo, del mismo.—Inscripción árabe que rodea el brocal del pozo.—El carnaval de Madrid, de D. Valentín Bécquer.—Aldeanos de Puente Toba.—Pastor de Villaciervos y leñador de los pinares, tipos de Soría, de D. Valentín Bécquer.—Antigüedades americanas.—Jeografía.

ECOS.

Si habéis pasado la vista por la gacetilla de los diarios en estos últimos días, habréis visto sin duda en ellos la fiel y larga reseña del baile de máscara dado por el Ayuntamiento



de esta capital, en 19 del presente, con un objeto filantrópico.

El baile, en efecto, hizo honor al ingenio y á la actividad de nuestro Municipio, y prueba que para empresario de teatros tiene más felices disposiciones que las que ha demostrado hasta ahora como empresario de obras públicas.

En cuanto á la concurrencia, era inmensa y distinguida. Allí estaban sin duda todas las bellas de Madrid. También había leas, ¿quién lo duda? pero, gracias al antifaz, tenían la ventaja de no parecerlo.

Se paseó, se bailó, se cenó, se oyó la música, se bromó de lo lindo y acaso se dió principio á una aventura de amores, ó á un desafío, ó se descubrió alguna infidelidad conyugal; pero en medio de aquel gran bullicio, de aquellas idas y venidas, de aquella tempestad de frases cortadas, de preguntas sin respuesta y de respuestas sin preguntas, de risas, de suspiros, de carcajadas, de aplausos y de epigramas, en medio, en fin, de aquel flujo y reflujo de olas vivientes, que reflejaban la luz de las bujías en una superficie de lentejuelas de plata y oro, de piedras preciosas, de flores, lazos y plumas, nadie me atrevó á asegurarlo, se acordó, pese á la filantropía, de los pobres de San Bernardino.

Pero me engaño; el Ayuntamiento se había acordado de ellos. En la entrada se hallaba colocada una bandeja para recoger limosnas.

Al concluir el baile, la bandeja estaba casi vacía. Es natural, la caridad no había entrado en el baile: se había quedado en el despacho de billetes, en forma de cinco mil y pico duros.

Para los que son aficionados á estudiar los contrastes que ofrecen los actos de la vida humana y las diversas impresiones por que el hombre puede pasar en el breve espacio de algunas horas, un baile de máscara ofrece dos puntos de vista, que pueden satisfacer por completo su curiosidad y su afición á los estudios filosóficos.

Colocados á la puerta del Teatro de la Ópera en noche de baile, á guisa de granuja que revende *La Correspondencia* y fósforos incombustibles, y veréis llegar y aglomerarse, y pasar ondulante y estruendosa, como un alubion por el ojo de un puente, una multitud alegre compuesta de Nerones, Barba Rojas, Felipes Cuartos, Mefistófeles, Picarrots, Vestales, La Vallieras, jardineras, beatas y mil y mil seres, evocación de otros tiempos, caricaturas históricas, dimisionarios del sentido común, locos de una noche.

El gozo vá retratado en su semblante; parecen entrar en la mansion del paraíso de Mahoma á reposar en los brazos voluptuosos de las houries de los días largos y fatigosos del desierto.

Y en cambio, cuando ya por ventanas y balcones del Oriente se asoma la primera luz del día y los vivos resplandores del sol avanzan como las llamaradas de un incendio y brillan en las monteras de plomo de los campanarios y en los miradores de cristal como una corona de fuego, veréis salir por aquella misma puerta la muchedumbre, pálidos los rostros, descompuestos los disfraces, triste como quien abandona un cementerio. ¿Seréis aburridos? la luz les ofusca, el viento de la mañana les estremece y huyen á guisa de murciélagos al rajar el día, mientras que á modo de burlona y cruel sirenata les sigue hasta sus viviendas el monótono cencerreo de las burras de leche!

Por fin, á la hora en que el obrero con faz risueña acude al trabajo en busca de su sustento y el de sus hijos, vosotros entráis en vuestra casa, y viéndolos sin color en las mejillas y sin dinero en el bolsillo, exclamais:

— ¡Y esto es divertirse! ¡Qué horror!

Pero á la noche, de fijo que se os encuentra en Capellauss.

Abrid este número de la ILUSTRACION por el centro, y en una de las dos planas que se ofrecerán á vuestros ojos, veréis otro contraste no ménos curioso, fijado en el papel con el lápiz de la verdad por un distinguido dibujante.

¡El Prado y el Canal! Hé aquí los dos campos de batalla del Carnaval: hé aquí los dos sitios en que los madrileños exponen en estos días los cuadros de su vanidad, de sus caprichos, de sus miserias y de sus loas.

En el Prado, interminables filas de carruajes tirados por yeguas poderosas, enjaezadas vistosamente: en el Canal, jacos cubiertos de estera y adornados de sáucos cascazales. En el uno, máscaras de extraños disfraces; pero con bota de elegante hechura y guante aristocrático: en el otro, disfraces hechos con mantas y cortinas, con bota... de seis azumbres y las manos cubiertas, á lo que más, de sabañones: en aquel, epigramas sublimes y sublimes tonterías; en éste, bromas pesadas y palos no más ligeros, y, en ambos sitios, animación, bullicio, olvido de las penas, indiscreciones, falta de seso y de respeto al prójimo.

Trasladad las máscaras del Canal al Prado, ó viceversa, y habrais hecho otros tantos seres infelices. Los que concurren al ameno sitio en que vagan de noche las sombras de cien suicidas, y se disfrazan con trajes de recortaduras de periódicos, ó de moros, arlequines, nodriza ó diablillos y consumen cinco ó seis horas dando alaridos y pescozones, bajo el pretexto de recibir los últimos honores al cadáver de una sardina, no comprenden que un hombre pueda divertirse metido toda la tarde en un dominó y sentado en un carruaje cubierto de percalina, que pasa misteriosamente á modo de catafalco con ruedas. En cambio, los máscaras del Prado no sospechan siquiera los placeres de que goza un hombre recién esterado, al ver congregada á su alrededor toda la granujería del Rastro con la cabeza echada atrás, la boca abierta y los ojos fijos en un misero higo que, al extremo de una larga caña y colgado de una cuerda, baila con más descompostura que una triple relativa de los Bufos.

Para este Carnaval se preparan algunos bailes de trajes en los salones de la buena sociedad.

Quedará deste rado el frac, y no será admitido en la

fiesta el que no vaya disfrazado de Cromwell, ó de húngaro, ó de postillon francés, ó tan siquiera de ciruelapasa, ó de calabacín rellano.

En esas noches no hay amigo que abra sus puertas al hombre que se conserva en el pleno uso de sus facultades intelectuales. Váyase Vd. á saludar en su casa á la señora de A... ó al Sr. de B... vestido como la buena educación exige, y será Vd. mal recibido; pero sálgase usted de su vivienda y éntrese en la ajena, como por distracción, en bata y calzoncillos, y todos se desharán en elogios de su cortesanía y buen gusto.

La sociedad de Conciertos ha publicado ya el programa de los que prepara en el Circo de Madrid para esta primavera.

El Circo de Recoletos volverá, pues, á ser el punto de reunión de esos seres felices que tienen el alma en los oídos, y para los cuales el hombre nunca es más respetable que cuando se abraza á un violon ó se adhiere á un fgle.

Con decir que los conciertos serán dirigidos por el Sr. Monasterio, hemos agotado el diccionario de los elogios.

En los años anteriores, y supongo que en éste ha de suceder lo propio, se veía en palcos y butacas del Circo de Recoletos lo más selecto de la sociedad elegante y de la filarmónica madrileña.

Apesat de la inefable delicia con que todos escuchaban las frases amorosas de Bellini ó los *problemas* de Beethoven, las últimas pizcas eran escuchadas con impaciencia.

En vano la orquesta reclamaba la atención del público, llevando á sus oídos los ecos de las poesías musicales del artista italiano que hacen palpitar de amor el arrugado corazón de los viejos, ó de los poemas descriptivos del autor alemán que retratan la soledad del campo y el murmullo de las aves y el balar de las ovejas y hasta el crecer de la yerba; en vano: los *dilettanti* al llegar cierta hora cerraban sus oídos á las amonestaciones filarmónicas, y dejando á los instrumentistas llenar de armonía el salón vacío, abandonaban el circo precipitadamente, diciendo:

¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Oh inmortal Rossini! ¡Oh incomparable Meyerbeer! ¡Genios sublimes!...

En tanto que una voz lejana y nada armónica gritaba desaforadamente: ¡A los toros! ¡A los toros!
¡Siempre los contrastes!

En el Circo de Price se vá á poner en escena un drama titulado *Troppmann*, tomado del proceso de los crimenes de Pantin.

Dice un periódico que no se omitirá medio alguno para presentar esta obra *con la mayor propiedad*.

Por lo visto se trata de despachar cada noche á media docena de individuos.

Creemos que el arte no autoriza para tanto.

El Observatorio astronómico del Retiro ha sido estos días el punto de reunión de algunos sábios que, disgustados sin duda de lo que ven en la tierra, se dedican á curiosarse lo que pasa en el cielo.

El sol apareció una mañana con el rostro oscurecido por insólitas manchas. ¡Cielos! hubo de exclamar algun astrónomo al enfilar el astro con su telescopio; el pobrecillo ha sido atacado de la viruela.

En los tribunales de Londres se ve en la actualidad un proceso de divorcio entre un individuo de la Cámara de los Comunes y su esposa, hermana de un lord distinguido.

En este proceso aparece complicado el joven príncipe de Gales. En el *secretaire* de la esposa se han encontrado cartas que prueban que el heredero del trono de Inglaterra tenía relaciones íntimas con aquella.

Aparece probado, segun dicen, que el príncipe la visitaba en las horas en que el marido estaba en la Cámara de los Comunes.

Vea Vd. un príncipe que tiene sólidas razones para ser sinceramente afecto al régimen parlamentario.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

MUERTE POR DECAPITACION.

¿Es instantánea la muerte por decapitación?

(Conclusión.)

II.

Dice el Dr. Pinel que el tronco, separado de la cabeza, muere, como resultado de una hemorragia; la sangre se escapa por las arterias carótidas y vertebrales, siendo tanto más activa esa pérdida, cuanto que el corazón continúa impulsando toda la sangre disponible. Supone que á lo ménos se necesitan cinco minutos para vaciarla toda, y olvidando luego las diversas condiciones y circunstancias de los casos, niega que un cuerpo privado de sangre quede inmediatamente privado de vida; por cuanto se sufren comúnmente enormes pérdidas de aquella (en casos de heridas, metrorragias, etc.), pudiendo el cuerpo exangüe recobrar, si se llega á tiempo, con rapidez asombrosa el líquido vital perdido. Cree que la vida sigue latente, que puede continuar, despertarse aún, en condiciones previstas, siendo la muerte pasiva, lenta, tranquila é inconveniente, y conservando todavía aptitud para vivir, permaneciendo inerte, y muere al fin, por no recibir los alimentos que le facilitan los medios de luchar contra la destrucción.

Todo este razonamiento es inexacto y erróneo.

El tronco separado de la cabeza muere por algo más que por la hemorragia ó pérdida de sangre. Aun cuando no perdiera una gota, moriría igualmente. Que le aten al cuello con un lazo al guillotinado, en el acto mismo de cortarle la cuchilla triangular del aparato, y el tronco de aquel infeliz morirá enseguida, siquiera se quede lleno de sangre.

El feto acéfalo ó anacéfalo, esto es, que por un vicio taratológico no tiene cabeza ó cráneo, vive mientras permanece en el útero materno; la madre le dá su sangre por los vasos umbilicales; ella tiene cabeza para él; mas, en cuanto nace ese feto, en cuanto se corta el cordón umbilical que le unía á la madre, el recién nacido perece, sin que pierda sangre; nadie le dará por viable; es inevitable su muerte. ¿Y por qué? Porque no tiene cabeza.

El tronco muere, porque, separada la cabeza, se interrumpe no sólo la circulación de la sangre, sino las corrientes nerviosas cerebro-espinales; muere porque acto continuo se para el corazón en su totalidad. La hemorragia es una de las causas de la muerte por síncope, y en esta clase de muerte el corazón es el primero que muere; cesa de latir lo mismo en sus aurículas que en sus ventrículos; ya no empuja la sangre; por eso el escálpelo autópsico encuentra todas las cavidades de escéntradas llenas de aquel humor.

El corazón se para, cortada la cabeza, no sólo porque se escapa la sangre, sino porque se ha parado la respiración, y porque, faltándoles á las celdillas de los ganglios del gran simpático y centros espinales el estímulo de la sangre arterial, suspenden la elaboración de su impulso; á la falta de la influencia nerviosa cerebral, por la cortadura del octavo par ó neumo-gástrico, se asocia la del sistema nervioso ganglio-espinal y del impulso excito-motor de los centros medulares, que determina los movimientos musculares involuntarios é inconscientes, entre los cuales están los del corazón, las paredes torácicas y el diafragma.

En algunos animales, separada la cabeza, persiste todavía el automatismo espontáneo de los nervios ganglionales y de los centros espinales por algun tiempo. Algunas aves, cortada la cabeza, andan y mueven con ritmo acompasado sus alas, como disponiéndose á volar; la rana decapitada, si la pellizcan, ejecuta movimientos de traslación regulares y arreglados; el cochinito de Indias, sin lóbulos cerebrales, marcha, salta y písotea; la cabeza de la víbora separada del cuerpo puede morder y envenenar, en tanto que su cuerpo, como el rabo de varios reptiles, se agita alternativamente de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, etc.

En el hombre no sucede nada de eso. Decapitado, su tronco queda inerte, inmóvil como el mármol. Apesar de quedar intactas las celdillas nerviosas periféricas de la sensibilidad táctil y dolorifera, sus fibras conductoras, los ganglios y los centros de sustancia gris gelatinosa de la médula espinal, ya no dan de ninguna suerte señal alguna de vida, y sin embargo, si viviera el tronco, podrían darla; porque, íntegro y vivo el sistema nervioso, destinado á la sensibilidad táctil y dolorifera; íntegros y vivos los ganglios; íntegros y vivos los centros espinales, dotados de un poder excito-motor, capaz de determinar movimientos musculares involuntarios, inconscientes, sin intervencion de los centros cerebrales; íntegros y vivos los nervios del movimiento voluntario; íntegros y vivos los músculos; ¿por qué no habian de

obtenerse movimientos de reaccion, pellizcando, pinchando, cortando la piel, en cualquiera region de ese tronco todavía dotado de vida, como se obtienen á veces, estando el sujeto sano, pero durmiendo, ó en un estado moribundo, en el que tiene suspensa la conciencia? ¿Qué razones fisiológicas habría para que cualquier region del tronco no nos revelara la existencia de su vida por medio de esas reacciones inconscientes; por medio de esos movimientos musculares involuntarios, que no necesitan el impulso del cerebro; que si, durante la vida, se asocian á los voluntarios y obedecen al impulso consciente, una vez dado este impulso por la voluntad, prosiguen ya ejecutándose, sin la atencion del sujeto, en tantas y tantas ocasiones?

Estéril tarea seria empeñarse en arrancar al tronco decapitado ninguna de esas manifestaciones dinámicas. En él ya no son posibles los movimientos musculares naturales; ya sólo el artificio pueda conseguirlos, y por muy breve tiempo. Una pila galvánica, cuyos resortes penetran en los músculos de ese tronco, le hará entrar en convulsión. Mas es menester apresurarse, porque no tarda en sobrevenir la rigidez cadavérica más ó ménos pronto, según las influencias interiores y exteriores; por eso hay tanta prisa en amortajar á los difuntos, porque un ponen tiesos, rígidos, y, desde que aparece esa rigidez, ya no son posibles tampoco los movimientos musculares artificiales. Pues bien; tanto esa rigidez cadavérica, como esa falta de contracciones musculares bajo el influjo del galvanismo, son signos ciertos de muerte.

Esa contractibilidad muscular, que se revela todavía poco tiempo después de muerto el sujeto, por medio del galvanismo, y que en algunas ocasiones ha podido expulsar de la matriz un feto, muerta ya la madre, es el único fenómeno que pudiera hacer creer que el tronco del decapitado está aún vivo. Sin embargo, no es un testimonio fidedigno de vida. Ningun fisiólogo le tiene por tal.

El movimiento muscular inconsciente del tronco está íntimamente relacionado con la vida orgánica, y para ver hasta qué punto subsiste su posibilidad, decapitado el sujeto, véase lo que le pasa á esa vida. Falta de oxígeno la economía, puesto que no hay respiracion que se le dé, la vida orgánica se suspende y pierde; empieza á morir el tronco en su movimiento molecular, como ha muerto en el muscular. Los capilares no reciben sangre ni oxígeno; éste no pasa al través de las paredes vasculares para oxidar los elementos histológicos de las células de los tegidos, y las células mueren.

El oxígeno libre, que queda en la sangre, no alcanza á sostener el movimiento molecular nutritivo; empiezan los cambios de temperatura y electricidad, y la vida orgánica cesa, por faltarle todas sus condiciones fisiológicas. Desde ese momento, el movimiento molecular toma otro giro, el de la descomposicion; la putrefaccion no tardará en aparecer.

Todos saben la facilidad con que brota la sangre al menor corte de la piel; una pequeña cortadura hecha con la navaja de afeitar en la cara da sangre pronto y abundante. Pues cortad la piel del tronco de un decapitado, aunque sea poco después de separada la cabeza; siquiera hagáis una herida vasta y profunda, no dará sangre; tendréis que cortar una vena de grueso calibre y la sangre que salga no se coagulará, no inyectará los tegidos; cada uno de éstos conservará su color, no habrá aglutinacion de bordes, ni tumefaccion, ni nada de lo que habría si lo hicierais en el vivo.

Descargad en cualquiera region del tronco decapitado un golpe con una vara ó un palo; no habrá contusion ni equimosis; no se pondrá la parte contusa livida ni tumefacta, como se pondría seguramente si estuvieran vivos los tegidos.

Aplicad un cuerpo comburento, la llama de una cerilla fosfórica, á la piel del tronco decapitado. ¿Creéis que se inyectará, que se formará ampolla ó flictena serosa, que es lo que sucede en el vivo? No; no habrá nada de eso, y si llegara á formarse flictena, apenas precipitaría al calor y á la acción del ácido nítrico; su serosidad sería opalina y lactescente.

Si quemáis hasta carbonizarle un brazo, una pierna, etc., ni vereis secaras con círculo rojo y blanco, ni las diferentes especies de quemaduras, ni inyecciones y congestiones en las mucosas y serosas del interior, como sucede en los vivos; ménos todavía vereis al menor vestigio de reacciones patológicas. No observareis otros fenómenos que los que se observan en el cadáver.

Todo eso está revelando evidentemente que el tronco del decapitado está muerto.

¿Dirá el Dr. Pinel que esa muerte no es absolutamente instantánea? Pero eso no pasará de una sutileza metafísica, indigna de la seriedad de la cuestion y completamente estéril para su objeto. La muerte empieza desde

el momento de la decapitacion, y no tarda en ser completa. No es lenta, es rápida; ni hay aptitud para la vida, ni ésta está latente; ha desaparecido toda aptitud para vivir y no se necesitan cinco minutos, durante los cuales supone el Dr. Pinel que tarda el cuerpo en vaciarse; como transcurran seis segundos sin latir el corazón, la vida se ha perdido para siempre. Desde los experimentos de Bonchut, comprobados por la comision de la Academia de París, formada por los Mayendie, los Dumeril, los Rayer, etc., para otorgar el premio Manin, se sabe que sobra un minuto de cesacion definitiva del corazón para ser el sujeto cadáver. Hoy es tenida esa cesacion definitiva del corazón por el primer signo cierto de la muerte. Cortada la cabeza, el corazón no late ni ese minuto.

Si hay personas que sufren grandes y súbitas pérdidas de sangre sin morir, socorridas á tiempo, esas personas se hallan en condiciones muy diversas del guillotinado. No tienen interceptadas las relaciones entre el cerebro y el tronco; no está interrumpida la circulacion de la sangre; no está suspensa la respiracion; los vasos cortados se ligan; los capilares se constrúen; la sangre se coagula en las bocas de esos capilares por medio de los hemostáticos; los estimulantes reaniman las fuerzas debilitadas; el corazón no cesa de latir, siquiera lo haga débilmente, y la alimentacion repara las pérdidas sanguíneas. La vida psicológica se suspende por lo comun en esos casos; pero la orgánica subsiste. ¿Tiene la situacion de esas personas ninguna semejanza con el decapitado? (Hay nada de comun entre unas y otras) Es, ya que no un sofisma, una gran falta de lógica comparar estados tan diversos, y suponer que conserva el decapitado aptitud para vivir, porque la conserva el que sufre una hemorragia hasta el delirio; que la vida está latente en aquel, porque lo está en éste.

Queda, por lo tanto, evidentemente demostrado, que el tronco del que pierde la cabeza caída en el cesto de la guillotina está muerto; que muere acto continuo, empezando á morir y muriendo rápidamente, desde que la tremenda cuchilla separa el tronco de la cabeza, y que sostener lo contrario es ponerse en abierta pugna con las conquistas de la fisiología moderna.

Vamos ahora qué es lo que le sucede á la cabeza del guillotinado, luego que aquella queda separada de su tronco.

III.

Si erróneo es el razonamiento del Dr. Pinel para probar que el tronco del guillotinado vive, mucho más lo es el que emplea para probar que vive y piensa la cabeza separada de el cuerpo. Apenas formula una proposicion que sea exacta.

Si es cierto que el cerebro es el órgano de la razon, de las facultades anímicas, de la conciencia, en los términos con que lo hemos consignado al hablar de los automatismos espontáneos, no lo es que esa conciencia se pierda tan sólo cuando se altera el órgano destruyéndolo, ya en su parte sólida, ya en su parte líquida. Sin heridas, en la sustancia cerebral, sin locura, sin enfermedades encefálicas, se suspende en muchos casos la vida psicológica. Se suspende esta vida en el sueño profundo, en la asfixia por estrangulacion, por sumersion y sofocacion, y en el síncope; sin que la sustancia gris de las circunvoluciones, tálamo óptico, cuerpo estriado y cerebelo, formado de células dotadas de automatismo espontáneo, ni la sustancia blanca compuesta de fibras nervosas conductoras de impulsos, se alteren en su estructura, ni se destruya el líquido viscoso que llena la cavidad de esas fibras. En todos esos estados el cerebro y sus dependencias quedan intactos.

Despierta el sujeto que ha estado profundamente dormido, y entra en la plenitud de sus potencias anímicas acto continuo.

Se restablece la respiracion del asfixiado, y recobra toda su conciencia rápidamente.

Se reanima el corazón del que cayó en síncope, y vuelve á poseerse y á sentirse como antes, apenas late con fuerza dicha entraña.

Si hubiese habido destruccion sustancial del cerebro, en cada uno de esos casos, no sería posible ese rápido recobro de las potencias psíquicas. Respondan los apopléticos con focos considerables; ya no vuelven en sí; su muerte es ejecutiva.

Tampoco es cierto que el cloroformo, el éter y otros anestésicos, ni los narcóticos, ni el ácido prúsico ó cianhídrico, ni la estrignina, destruyan el líquido cerebral. Y aquí se nos ocurre preguntar: ¿qué líquido es ese? La aeriosidad de los ventriculos, la de la aracnoides? No desempeñan ningun acto potencial. Esa aeriosidad es á las funciones del cerebro lo que la de las pleuras á la respiracion, lo que la del peritoneo á las funciones diges-

tivas. De todos modos no se destruye con dichos venenos.

¿Es el líquido que llena la cavidad de las fibras nervosas? Tampoco se destruye, cuando se ingiere en la economia cualquiera de dichas sustancias. Aplicadas sobre los nervios y la masa cerebral, no producen ningun efecto. Para obrar han de mezclarse con la sangre. Por otra parte, no es ese el modo de obrar de las mencionadas sustancias tóxicas.

Los anestésicos se apoderan del oxígeno libre de la sangre, á fuer de cuerpos muy carburados ó hidrogenados, para formar agua y ácido carbónico; con lo cual impiden la oxidacion de la sangre, ó de la albúmina, y las células cerebrales pierden temporalmente, ó para siempre, según los casos, la facultad de elaborar impulsos y sentir estímulos, por lo cual se suspenden sus funciones y sobreviene la anestesia y la pérdida de la conciencia.

El ácido prúsico suspende con su presencia, ó por accion catalítica, la oxidacion de la sangre ó la hematosi, como suspende la circulacion de las sustancias orgánicas, atacadas por el ácido iódico. Una gota echada en un vaso de ensayo basta para ello, y no anda desahogado Millon, explicando de esa suerte la terrible accion de pocas gotas de ácido hydrocianico introducidas en la sangre. Así se concibe cómo con tan poca cantidad sumerge en un letargo profundo, cómo narcotiza, cómo mata. De un modo análogo se presume que obran los alcaloides narcóticos y asfixiantes totánicos y paralíticos, como los del opio, la estrignina, el curare, etc.

Una cantidad no tóxica de anestésico, ó cloroformo, de ácido prúsico, suspende por un dado tiempo la vida psicológica, la conciencia; porque empieza á suspender la orgánica. En cuanto queda consumida esa cantidad por su combinacion con el aire respirado, sin que se haga nada para socorrer al sujeto sometido á la accion de esas sustancias, vuelve su sangre á recobrar sus condiciones fisiológicas, y la conciencia se restablece. Si hubiera habido alguna destruccion sólida ó líquida, no se restablecería ni fácil ni difícilmente. Así sucede con los venenos metálicos que entran en combinacion con la albúmina y fibrina de la sangre y los tegidos.

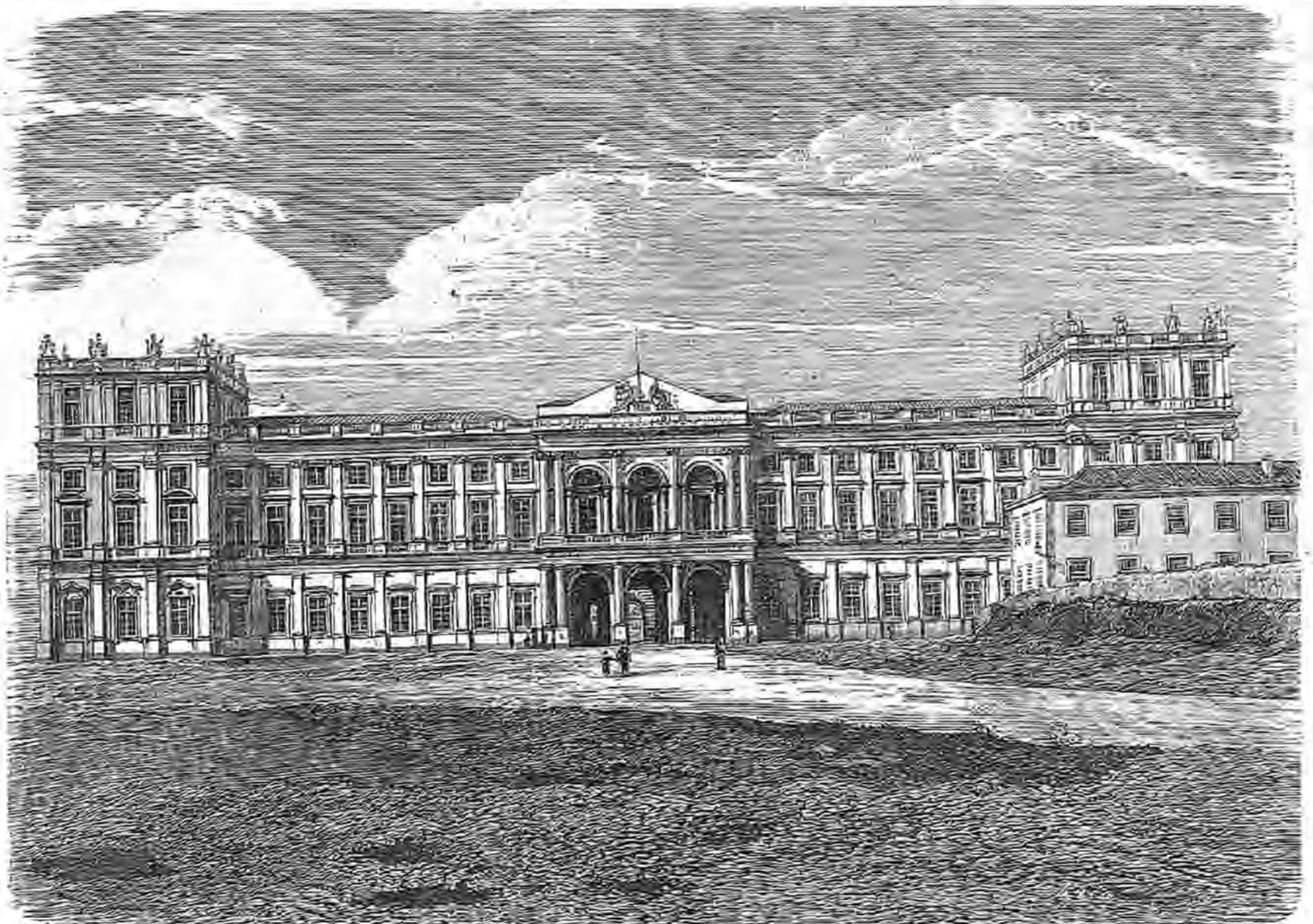
La vida psicológica no sólo se suspende y pierde por destruccion de las células y fibras cerebrales con su líquido; se suspende y pierde también por falta de impresionabilidad de aquellas; por la no elaboracion de sus impulsos, ó por no conducirlos las fibras aferentes y eferentes. Por desconocer esta verdad, han podido sostener ó pretender los partidarios de la escuela vitalista, que no siempre reside en los órganos, en su materia, la razon de la pérdida y aberracion de la conciencia.

El Dr. Pinel dice que en la degollacion no hay más que separacion de la cabeza y del tronco (¿como si el hombre fuera una estufa!); que el cerebro queda intacto; que el líquido nervoso no puede verterse (¿como si no se hubiesen cortado los nervios!); que sólo se vierte la sangre (¿por qué ésta sí y el líquido nervoso no, teniendo ámbos cortados los conductos!); que el cerebro queda sano (¿donosa sanidad!); que puede alimentarse con la sangre que le resta (¿buena está esa sangre ya muerta, y sin oxígeno que la aviva, para alimentarse!); que no se nutre por falta de sangre nueva (y acaba de decir que se alimenta con la que le resta); que pasa una hora de nutricion póstuma (¿una hora! ¿no acaba de decir que no se nutre!); luego dos horas de inercia vital (¿inercia que permite pensar!); que al fin viene la muerte real por la inanicion y el enfriamiento (¿como si la inanicion fuera tan ejecutiva! ¿como si, calentado la cabeza, pudiera evitarse su muerte!); que si la cabeza no revela su vida, su conciencia, es porque no tiene medios, porque están cortados todos los nervios de transicion al tronco, pero que queda intacto el cerebro, los nervios del oído, del olfato, de la vista, una parte del tercer par y el cuarto par entero (¿y sin embargo con todo eso, que, habiendo vida, basta y sobra para revelarnos, sin apelar al tronco, dice que la cabeza no puede revelarse por falta de medios!).

Para demostrar cuán erradas son todas esas afirmaciones, bastará recordar las bases psico-psicológicas que hemos sentado al principio de este escrito. El Dr. Pinel se olvida de todas ellas.

En primer lugar, se olvida de que todos los órganos de la cabeza, como los del tronco, tienen vida orgánica, se nutren; por consiguiente, si esa vida se pierde acto continuo que el sujeto queda decapitado, como lo acabamos de probar respecto del tronco, ¿qué será de la vida psicológica, qué del pensamiento, qué de la conciencia del infeliz, cuya cabeza es separada del cuerpo?

Para probar que los órganos de la cabeza pierden su vida orgánica, como la pierden los del tronco, ya no tenemos nada que añadir. Todo cuanto hemos aducido,



PALACIO DE LA AJUDA. RESIDENCIA DE LOS REYES DE PORTUGAL, EN LISBOA.—FOT. DE LAURENT.

respecto del tronco es aplicable á la cabeza. Separada ésta del cuerpo, queda perdida la vida orgánica de aquella; tanto más, cuanto que, fuera del ganglio oftálmico, no tiene ninguno de los aparatos destinados al sosten de esa vida; y si el tronco, que los contiene todos, pierde su vida de nutrición, ¿cómo no la ha de perder la cabeza destituida de todos esos aparatos? Y si no hay vida nutritiva en los órganos de la cabeza, ¿cómo ha de poder haber vida psicológica? Ya hemos consignado que está es un imposible, un absurdo fisiológico.

En segundo lugar, se olvida el Dr. Pínel de todos los hechos fisiológicos y patológicos, que demuestran que, en la decapitación, la abolición de la vida psicológica ó anímica es forzosamente más rápida y más completa que la de la vida orgánica.

Aun prescindiendo del terror, del síncope profundo en que caerán los más de los infelices guillotinado, desde que se ven tendidos en el tablado del catafalco, próximos á sentir sobre su cuello la tajante cuchilla, en cuyo caso ya no tendrán conciencia de su espantosa situación; el golpe brusco y poderoso del instrumento homicida, siquiera sea cortante, no les ha de producir una conmoción cerebral capaz de quitarles acto continuo y para siempre no sólo el conocimiento sino la vida? Un arma cortante, pesada, y movida con fuerza, por afilada que esté, no sólo corta, contunde; obra cortando y contundiendo á la vez. La cuchilla de la guillotina ha de cortar, dividir partes duras, el cuerpo y ramas de una de las vértebras cervicales, y es por lo tanto inevitable un gran ascudimiento, al abrirse bruscamente paso entre los dos pedazos del hueso; ascudimiento que, propagándose horizontalmente adelante y atrás, ha de conmover la caja craneana y la masa cerebral en ella contenida, de un modo análogo á la conmoción que sufre el que cae de pies y de talones. En más de una ocasión esta caída ha producido la muerte instantánea, por conmoción cerebral.

Pero supongamos que tampoco haya nada de eso; que hay vida orgánica todavía en los órganos de la cabeza; que el guillotinado tiene bastante valor para no caer en síncope, y que el golpe del instrumento que le corta el cuello, no le produce una conmoción mortal, ni espazo de suspenderle la conciencia. ¡El derrame cuantioso y súbito de sangre que sufre la cabeza separada, huyendo aquel humor no sólo por los gruesos troncos arteriales y venosos, sino por los vasos medianos y los capilares, no

ha de dejar anémico, exangüe hasta lo sumo al cerebro? ¿Y si se queda el cerebro sin sangre, sin la cantidad que sus funciones reclaman, sin las cualidades que ha de tener ese líquido para estimular las esdillas de los órganos cerebrales, puede haber vida psicológica?

¿Qué les sucede á los que han recibido una ó más heridas, y pierden por ellas gran cantidad de sangre? ¿Qué les sucede á las mujeres que sufren una grande y súbita metrorragia? ¿No se desmayan, no caen en delirio, en síncope, y no pierden, en ese estado, el conocimiento? ¿Tienen conciencia de nada de lo que las rodea, ni de sí mismas, esas personas? Cuando se llega á tiempo para restañarles la sangre, que huye á toda prisa, y reanimarlas con estimulantes, es cuando recobran la plenitud de su conciencia. Si no se las socorriera, si la sangre continuara derramándose, ¿qué sería de ellas? Lo que ha sido siempre de todos los heridos, con grandes pérdidas de sangre, que no han recibido socorro; lo que ha sido siempre de todas las mujeres, cuyo flujo sanguíneo uterino no se ha podido contener. Morirían sin restableceras la conciencia.

¿Es socorrido el guillotinado? ¿Va nadie á restañar la sangre que huye de su cabeza? ¿No es abundante y rápida la hemorragia? ¿No vacía más inmediatamente los vasos cerebrales que en los casos de heridas de pecho, vientre y miembros, y en los de metrorragia? Y quiere el Dr. Pínel que no se pierda la vida psicológica, la conciencia, en la cabeza del guillotinado!

En una simple sangría ¿cuántos no se desmayan? ¿Y qué es desmayarse, sino caer en síncope? ¿Y qué es caer en síncope, sino perder la conciencia, el conocimiento?

Hemos dicho que la vida psicológica es más exigente que la orgánica, en punto á las condiciones de la sangre. En cuanto le falta el oxígeno respirado, la conciencia se suspende.

¿Qué le acontece al que se le estrangula, al que se ahoga en el agua, ó al que le tapan la boca y la nariz, ó las fauces con un trapo, ó cualquier otro cuerpo sólido? Acto continuo pierde el conocimiento, y se queda inmóvil y sin conciencia; se diría que está muerto. Se ha suspendido primero su respiración, y esto ha causado la suspensión de las facultades anímicas; y si ese estado continúa, si se llega á pararse el corazón seis segundos, vendrá la muerte. Lo más que el asfixiado puede vivir en ese estado, si no se le para definitivamente el corazón antes, es por lo general de algunos minutos á media

hora; pero mientras permanece en él, no tiene conciencia, ni de lo que le rodea, ni de sí propio.

¿Qué lesión sufre en esos casos el cerebro, ni sus dependencias? Ninguna, ni se congestiona ligeramente muchas veces, y sin embargo, se suspenden súbitamente sus funciones anímicas.

Otro tanto le sucede al que por un gran dolor moral ó por un espanto cae en síncope. El corazón se paraliza; si lo hace del todo, el síncope es mortal en el acto. Si la parálisis no es completa, si late la entena débilmente, si empuja con poco brío la sangre, volviendo torpe la circulación, basta eso para suspender las funciones cerebrales, para quitar el conocimiento. ¿Qué alteración sufre el cerebro y los nervios? Menos aún que en la asfixia.

Los asfixiados, ahorcados, ó ahogados que han vuelto en sí, recobrando, con el restablecimiento de la respiración, la plenitud de sus facultades cerebrales, han podido referirnos lo que sufrieron al asfixiarse. La ciencia ha recogido muchos casos tanto de los que se salvaron despues de haber sido colgados de los faroles en París en 1793, como de algunos observadores audaces é indiscretos que han hecho experimentos sobre sí mismos. Un amigo de Foderé, un lord de quien habla Bacon, y el profesor Fleischman, entre otros, se ahorcaron para saber qué es lo que sienten los que así mueren, y por poco no pagaron con la vida su amor á la experimentación personal.

Cisalpino, Wepfer y Morgagni hablan de malhechores que fueron ahorcados, volviendo luego á la vida, y segun éstos dijeron, se sintieron, al estrangularlos la cuerda, como atacados de un esturpor súbito, sin ver más que algunas lucecillas ó centellas, y sin sentir despues nada; perdiendo rápida y completamente el conocimiento y la sensibilidad.

Otro tanto les sucede á los que se ahogan. En cuanto el agua les invade las vías respiratorias por completo, no sienten más que un grande y rápido ahogo, vértigos, dolor de cabeza y enseguida pérdida completa de la conciencia, quedando inmóviles en el fondo del lugar donde se ahogan. Esto es lo que refieren luego los ahogados que son socorridos y se salvan.

Los infelices degollados no han podido nunca contar nada de lo que les pasa, al cortarles la cabeza; pero no lo necesitamos para tener la seguridad de que les sucede lo propio que á los asfixiados, y todavía más, ó con más

razón; no nos hace falta nada para saber que pierden acto continuo la conciencia de todo lo que los circunda y de sí mismos.

El suplicio del garrote, no sólo estrangula, disloca la segunda vértebra cervical y la apofosis odontoides que tiene, desgarrando la médula, con lo cual muere en el acto el sujeto. Así morían los reos en la horca, porque, sentándose el verdugo en los hombros de la víctima, en tanto que el ayudante tiraba de la cuerda atada á los pies de aquella, le dislocaba la vértebra, y el ahorcado dejaba enseguida de padecer y de vivir.

Si el Dr. Pinel asistiese á nuestras corridas de toros, vería cuán aplomado, cuán completamente muerto cae el toro, al descabellarle, ó al darle el cachetazo. Es que le hieren el bulbo raquídeo, la médula oblongata, y la muerte es instantánea.

¿Qué le ha de suceder por lo tanto al que le cortan todo el cuello, tejidos blandos y duros, venas y arterias, nervios y médula? Si con sólo impedir que pase la sangre oxigenada á la cabeza, aplicando un lazo al cuello, ó impidiendo la entrada del aire en los pulmones, el agua ó un tapon en las fauces; si con sólo que se pare el corazón pierda acto continuo la conciencia el sujeto; si muere en el acto el ahorcado á quien se le desgarró la médula, ¿cómo no ha de perder esa conciencia el degollado que reñe todas esas causas matadoras?

Dice el Dr. Pinel que la cabeza del guillotinado piensa, que tiene conciencia de su horrible estado; solo que se halla en la imposibilidad física de revelarlo, por estar cortados todos los nervios que le relacionaban con el tronco. Pero ¿no confiesa el mismo doctor que le quedan á esa cabeza íntegros é intactos los nervios de la vista, los del oído, los del gusto, los de los labios, carrillos y lengua, los de la sensibilidad cutánea, los doloríferos de toda la cabeza? ¿No le queda intacto el cerebro, todos los órganos de la inteligencia y voluntad, los centros de las sensaciones y movimientos musculares voluntarios?

No sabemos precisamente á qué altura de la cerviz ó del cuello corta la guillotina la cabeza del ajusticiado.

Presumimos que será por el medio, entre la cuarta y quinta vértebra cervical. Si es así, todos los nervios cerebrales, todos los trece pares cerebrales quedan intactos; porque todos salen por encima de la división. Pues bien, si en efecto la quedara vida y conciencia al guillotinado, con todo lo que le resta á la cabeza, le bastaría y sobraría para revelar toda su conciencia. Pellizcadle, quemadle, pinchadle, cortadle alguna porción de la piel de la cara, y con ambos ojos y con los músculos de esa cara, con la mímica facial, con la expresión del dolor os revelará que sufre, que le hacéis daño.

Si está vivo su cerebro y los nervios del oído, llamadle, habladle, y os probará que oye y atiende, volviendo hácia vosotros los ojos, cuyos músculos estarán expeditos para mover las globos oculares y las párpados, y con esos ojos, con la mirada os dirá lo que piensa, lo que siente y lo que quiere. La mirada es uno de los vehiculos ó representantes más expresivos de la conciencia. La mirada es una lengua óptica muchas veces más elo-

cuante que la lengua fónica. En ella cabe no sólo una palabra, no sólo una frase; cabe toda una oración, todo un discurso. Con ella se revela el ruego como el mandato; el placer como el dolor; el llanto como la risa; el deseo como la repugnancia; la ira como la calma; la amenaza como la promesa. En una palabra, podrá ser que el reino de las ideas no quepa en el ojo; pero la esfera de

No podrá hablar, porque cortada la tráquea y acaso destruida la laringe, no pasará el aire por ésta y la glotis impulsado por los pulmones; pero nada le impedirá mover los labios y la lengua para hablar sin ruido, haciendo los movimientos necesarios para articular y pronunciar las palabras.

Hé aquí una multitud de relaciones elocuentes que le quedarían todavía á la cabeza separada del cuerpo, para probar que siente, piensa y quiere, si estuviera viva, como supone el Dr. Pinel, por espacio de tres horas. Hé aquí cómo se la podría interrogar sabiamente, para que respondiese, para que trajera con la mímica facial ó fisiognomónica su pensamiento ó su conciencia. No habría ninguna imposibilidad ni anímica, ni física, ni fisiológica, ni patológica para ello. Si la cabeza del guillotinado viviera, podría hacer todo eso; por cuanto la cuchilla no destruye ningún órgano necesario para desempeñar las funciones intelectuales y afectivas, y manifestarlas al exterior. Cualquiera vivo, sin apelar al tronco para nada, sin hacer uso de la palabra, sólo con los ojos, con la mirada y los movimientos de los músculos de la cara, puede ponerse en relación con otros sujetos y darles á conocer que siente, piensa y quiere.

Ahora bien, ¿ha visto nunca el Dr. Pinel, ha visto nadie que la cabeza del guillotinado, cuando la sacan del cesto en que cae, haga ni una sola cosa de las que acabo de indicar? Recoged esa cabeza ensangrentada y palpitante; colocadla encima de una mesa y observadla. ¿Qué vereis? Una cara pálida, sin expresión, tal vez con algun fruncimiento, y la lengua entre los dientes, los ojos semiabiertos, fijos, ya que no todavía con velo glutinoso de la córnea, sin movimiento en las pupilas á una luz fuerte; insensible á todo, al tacto, al sonido, á la luz, á los olores y cuerpos sápidos; inerte de todo punto; tan inerte como el tronco, como el mármol.

¿Sabéis qué es lo que hallaréis en esa cabeza, como resto único para decirnos que allí ha habido vida? Lo mismo que en el tronco; vestigios de la contractilidad muscular. Aplicad á los músculos de la cara los reó-

foros de una pila galvánica y se contraerán, se pondrán convulsos; la cara del guillotinado, como lo hemos visto en la Escuela de medicina de Montpellier, se parecerá á un cielo tempestuoso, relampagueando gestos; remedará un cuadro disolvente de afectos y pasiones fugaces é incompletos; allí aparecerá el dolor, la risa, la ira, la amenaza, etc., etc.; pero todo eso será sin ideales, sin sentimientos; será como si pusierais encima de una cabeza de madera caretas con diferente expresión. Y aún para obtener eso, será necesario que apliquéis el galvanismo ántes que venga la rigidez cadavérica, pues sucederá lo propio que lo que llevamos dicho del tronco. Por poco que las influencias exteriores favorezcan la marcha de los fenómenos cadavéricos, ayudando la mutilación que los acelera, ya no será posible ni esa caricatura de la mímica facial apasionada.

Creemos que no necesitamos extendernos más, para dejar plenamente demostrado que el Dr. Pinel ha padecido un error profundo, suponiendo que vive el tronco



ENTERRAMIENTO DE GARCILASO DE LA VEGA Y DE SU PADRE EN TOLEDO.

sentimiento se dibuja entera en el globo ocular, siquiera sea tan reducido, como se fotografía en un espacio microscópico toda una fisonomía, toda una figura y hasta todo un paisaje.

Si está vivo el cerebro y los nervios ópticos del guillotinado, presentadle al campo visual objetos, y los verá, y se desplegará en su mirada todo el cuadro de lo que esa vista le haga sentir. Aplicadle una luz fuerte, y sus pupilas se contraerán; revelarán la sensibilidad de la retina.

Si está vivo su cerebro y los nervios olfatorios, un olor fuerte y repugnante que le hiera la nariz le provocará gestos de disgusto; levantará los labios para taparse con ellos las ventanas nasales, ya que no puede con los dedos.

Si está vivo su cerebro y los nervios gustativos, ponedle en la lengua y paladar cuerpos sápidos ingratos, y vereis cómo los repale y qué muscas hace para revelar su repugnancia.

separado de la cabeza, y que ésta no sólo vive también, sino que piensa por espacio de tres horas, después de separada del cuerpo, teniendo conciencia de su terrible estado. La muerte del sujeto es instantánea; la pérdida de la conciencia, sobre todo, se efectúa en el acto mismo, y esto es lo importante en la cuestión. Dure más ó ménos minutos la vida orgánica, inconsciente, tanto en el tronco como en la cabeza, lo cual no vale la pena que se discuta, lo que importa es saber que la vida psicológica se extingue instantáneamente; que la víctima no sufre los horrores de su situación, desde el momento que la bárbara segur separa el tronco de la cabeza.

Horroricémosnos de que todavía haya suplicios de esa suerte en nuestra civilización; de que se siga cortando cabezas, ó matando de otro modo á los criminales; pero no espantemos nuestra imaginación con suposiciones novelescas, de que las víctimas, en el fondo del cesto donde cae su cabeza anegada en sangre, tienen conciencia de su pavorosa situación.

Madrid, 5 de Febrero de 1876.

EL DR. MATA.

EL BUEN SENTIDO.

Suele llamarse así en España lo que, con ménos propiedad, llaman los franceses *sensido commun*, desconociendo sin duda ni olvidando que nada hay ménos comun en el mundo. *Seso* le llamaban con mejor acuerdo nuestros mayores, y así decían *hombre de seso*, —procedió con seso en tal ó cual lance,—para significar, tanto la cordura, el pulso, la prudencia de una persona, como la conformidad de su conducta con lo que aconseja la sana razón, —esa razón que debería ser la razón universal,— y el buen sentido, que también debería ser *comun* á todos, pero que es ¡ay! patrimonio de muy pocos escogidos. Los más de los actos de nuestra vida social están en abierta pugna con sus más claros preceptos; las más de las ideas que por la sociedad circulan como moneda corriente, son la viva antítesis de lo que para nuestra bien nos aconsejaría, si la escuchásemos sin pasión, la voz del *buen sentido*.

Hacer de la noche día y día de la noche, cosa tan frecuente en Madrid entre lo que generalmente se llama las clases acomodadas, ó sea entre la llamada *buena sociedad*, es pura y simplemente hacer lo contrario de lo que aconseja la razón; preferir la luz artificial del gas á la del sol, es dar prueba de pésimo gusto, en primer lugar, y en segundo, condenarse voluntariamente á una serie de males, en mayor ó menor escala, pero males positivos, incontestables, y que los mismos que voluntariamente se los imponen tienen que reconocer y confesar. Hara vez deja de resentirse el órgano de la vista, y la salud en general, de la mala costumbre de trasnochar, —mala para el cuerpo, peor para el alma, detestable para el bolsillo. Lo primero es patente: para algo nos ha impuesto Dios la servidumbre del sueño y ha querido que les sean particularmente propicias las negras y silenciosas horas de la noche.

*Tempus... quó prima quies...
interit et donno ilinoi gratissima script!*

dice el divino Virgilio con su siempre elegante frase, y su siempre profundo y admirable *buen sentido*; y como si no le bastara recomendar aquí el sueño á primera hora como un don de los dioses, lo recomienda también al declinar la noche:

Sustentatq; cœlestia sidera ramis!

Es decir que el gran poeta y gran filósofo, dado que ambas cosas no sean una misma, como yo creo, á lo ménos desde cierto punto de vista, dice que se destinen al sueño, ó siquiera al recogimiento, —todas las horas nocturnas, —todas esas horas que Dios ha dejado sin luz, no en verdad por economía de combustible, —sino porque así convendrá: debemos suponerlo. Destinarlas á otros fines, y muy particularmente al bullicio y la agitación, me parece á mí que tiene algo de satánico, por lo que tiene de rebelde á las leyes generales que rigen nuestro pobre planeta. Es una especie de protesta contra esas leyes; un conato de enmendar la plana á su Autor; un acto de oposición á la voluntad de Dios, lo cual, sobre ser un grave pecado, es una gran necedad y cosa que nunca hace el hombre impunemente. Lo segundo es más patente todavía, y queda en parte probado con lo dicho hasta aquí: á más de haberlo consignado el buen sentido popular en esa expresión que creo existe y se emplea en todas las lenguas, que llama á las doce de la noche *la hora de los criminales*. Siempre se ha dicho que la noche es mala consejera, sin que desmentida esta creencia la expresión vulgar de que las cosas han de consultarse

con *la almohada*; antes al contrario esto mismo la confirma, pues significa en puridad que para decidir con maduro acuerdo, conviene estar recogido y acostado... tempranito. Este adverbio de tiempo no está en el refrán, pero lo sugiere el *buen sentido*.

Pocas lesiones más enormes padece éste que la que le infieren los hombres, y más especialmente aún las mujeres, dejándose avasallar tan por completo como suelen por los caprichos tiránicos, y generalmente—digo mal, siempre insensatos, de la *moda*. Grima dá tocar este manoseado tema, después que tanto bueno se ha dicho y tan inútilmente acerca de él. Está visto que esa propensión de ambos sexos á adorarle ¡oh indefinible misterio, denominado *moda*! es una incurable enfermedad de nuestra naturaleza; vestirse las señoras y las que no lo son según disponen las modistas y modistos de París, hoy con las faldas muy largas y mañanas muy cortas, hoy con el peinado muy enhiesto y su actitud de gallo que vá á embestir, mañana con trenzas colgantes á modo de Magdalena arrepentida, pasa, porque, en efecto, siempre las mujeres, lo mismo de un modo que de otro, van muy bien, sobre todo si son jóvenes y lindas; pero figuraras y sostener que lo uno es *muy bonito* cuando es de moda, y lo otro es *muy feo* cuando la moda pasó, hété aquí, con perdón sea dicho, donde veo yo la lesión enorme á las leyes del buen sentido.

¡Cuánto más felices serían los hombres si en todas las cosas procurasen ajustar su conducta á la que aquellas leyes les inspiran, á unos con más, á otros con ménos fuerza! Yo bien sé hasta qué punto las pasiones, los intereses, la ignorancia sobre todo, —esa implacable enemiga de nuestra felicidad en la tierra,— ofuscan los entendimientos y apagan las luces del buen sentido. De nuestros innumerables extravíos mentales, ningunos tal vez conducen más derechamente á aquel lastimoso resultado que la *vanidad* y el *orgullo*, dos cosas que se parecen mucho y que, sin embargo, son muy distintas.

El orgullo puede algunas veces ser legítimo; la vanidad nunca lo es. Un padre que al presenciar los triunfos de su hijo, se exalta hasta enorgullecerse, es no sólo disculpable, sino tal vez digno de alabanza por el noble estímulo que le arrastra y el hermoso ejemplo que dá; pero el que, por cualquiera motivo que sea, se *enagace*, ¡cuán escaso sentido demuestra, cuán pobre idea dá de sí mismo! —Ahora bien: tristísimo es confesarlo, pero salta á la vista aun de los ménos avisados, que la vanidad, la estéril vanidad, —y estéril la llamo, porque es notorio que jamás ha producido nada bueno,—es el vicio que generalmente nos domina. Á poco que se profundice, en él vendrá á encontrarse la raíz de casi todos los demas.

En el radice, á no dudarlo, la triste aberración del lujo que tantos y tan irreparables males acarrea á las familias y por consiguiente á la sociedad, que no es otra cosa más que el conjunto de todas ellas. El ánimo desfallece y la pluma se cae de las manos á la sola idea de entrar, siquiera no sea más que de pasada, en este otro tema, no ménos manoseado y siempre ¡ay! inútilmente que el de la moda. ¡Quién puede ya abrigar ni aun la esperanza más remota de decir algo nuevo en el asunto, después de tanto como se ha dicho, ni de conseguir algún buen resultado, cuando no lo han conseguido ni los más grandes santos, ni los más sabios filósofos, ni los poetas más seductores! De nada valieron á San Juan Crisóstomo las mágicas seducciones de su *boca de oro* para apartar á las damas del Bajo Imperio de aquel desenfrenado lujo con que labraron la total ruina de su patria, que á no ménos terribles resultados (aunque exageración parezca) condujo su ciego desvarío, cómplice, si no origen, del desvarío de los hombres, y conducen siempre las desviaciones de lo que aconseja el buen sentido.

No me cansaré de repetirlo, y si en mi mano estuviera, lo haría escribir en las paredes interiores de todas las casas para que sirviese de constante recuerdo á las familias, á manera del fatídico, ¡hermano, morir habemos! con que á cada vez que se encuentran al paso, se saludan los trapenses. Yo escribiría: «En todo y por todo (salvo en los puntos que son de fe) sigamos las inspiraciones del «buen sentido.» El consejo podrá parecer superfluo, pero no hay otro en el mundo que se siga ménos. Esas inspiraciones nunca engañan á un ánimo sereno. Buena es la ciencia, pero tiene sus alucinaciones y sus sofismas; no así el *buen sentido*, y por eso es mejor. Un sábio sofista griego negaba la existencia del *movimiento* y discurría así: —Los cuerpos se mueven ó *dónde están á donde no están*. Claro es que donde están no pueden moverse; ménos aún donde no están; luego no se mueven nunca; luego el movimiento no existe.—Así sofistiquen la ciencia; el *buen sentido*, representado en el caso de que se trata, por un discípulo del sofista que escuchaba la peregrina demostración, se levanta de su asiento, echa á

andar y *demuestra* mucho mejor la existencia del movimiento. No aventaja gran cosa aquel silogismo á este otro, especie de pueril *logomagueia*, por el estilo de tantas otras como suelen deslumbrar á primera vista, pero que ni por un momento resisten á la recta inspiración del *buen sentido*:—En todo tiempo, ó *llueve ó no llueve*; es evidente: esto también que ahora no llueve; ¡luego llueve! ¡Quién no ha oído aquel salado cuento del estudiante de Salamanca, hijo de unos pobres y rudos labradores, que de vuelta de la Universidad en la casa paterna, y queriendo asombrarlos con su sabiduría, les probó que en un plato en que no habia más que *dos* huevos, habia *tres*!—Donde hay dos, hay uno, decía el docto estudiante; dos y uno son tres; luego aquí hay tres huevos!—¡Bien pensado! exclamó el *buen sentido* por boca del ignorante labrador. El chico tiene razón, añadió dirigiéndose á su mujer: tú te comerás un huevo, yo otro, y el chico se cenará el tercero.

Pero se me dirá tal vez: ¡quién determine cuál es la verdadera inspiración del buen sentido? Porque al cabo, lo que á unos parece claro y evidente y que se cae de su peso, es para otros más que dudoso: unos creen ver y oír lo que otros, mejor ó peor avisados—¡quién lo decide!—ni ven ni oyen. Siempre que tal cosa suceda, tengamos por seguro que hay alguna viva pasión, ó algún vivo interés de por medio;—que el ánimo en suma no está sereno.—Cuéntase de un joven enamorado que, indeciso—natural indeciso!—sobre si debía ó no casarse, fué á consultar á un amigo discreto, al cual le aconsejó que se fuese una tarde, hacia el toque de oraciones, al pie de la torre de Santa Cruz—(entonces se alzaba enhiesta en la plaza de su nombre aquella famosa torre), se pusiese á escuchar muy atentamente el tañido de las campanas y que ellas le dirían muy claro lo que habia de resolver.—Hízolo así el mocebo, y en aquel vibrante tañido oyó claro, clarísimo, que le decían las campanas con sus lenguas de bronce:—¡Cá-sá-té!—¡cá-sá-té!—Casáse en efecto; y como al mes escaso tuviera más de un motivo de arrepentirse, acudió á quejarse á su amigo por el mal consejo que le habia dado.—No fué malo mi consejo, repuso aquel; solo que tú no oíste bien lo que te decían las campanas. Vuelve y escucha con más atención.—Y efectivamente, puesto el joven á la hora de oraciones al pie de la torre, oyó que las campanas le decían con la más limpia y pura pronunciación:—¡No-té-cá-ses!—¡no-té-cá-ses!—¡Lo oyó ó creyó oírlo!—Lo segundo sin duda; pero esto no prueba que nos engañe el buen sentido, sino que la pasión nos engaña, lo cual de puro sabido, no necesita prueba.—No es malo, sin embargo, repetirlo hasta la saciedad, como todas las verdades; ¡aun así, gracias que hagan suerte en el mundo!

Cierto es también (—pues no quiero ocultar ninguna objeción seria á la supremacía del buen sentido, que yo defiendo—), cierto es también que la *verdad* parece como que se complace á veces en jugar con nosotros al escondite. ¿Dónde está? creemos verla aquí, y nada de eso; está donde ménos lo pensamos, lo mismo en el orden de los hechos que en el de los discursos. Sostenían una vez los más prudentes ancianos en el areópago de Atenas que ciertas reformas reclamadas con urgencia por la opinión pública debían hacerse, como todas, paulatinamente, para no lastimar á nadie.—Alcibiades, que no era de ese parecer, queriendo refutarla con un ejemplo, divulgó la aventura de cierto filósofo humanitario, que puesto en el duro trance de tener que amputar el rabo á un perro suyo muy querido, y deseando hacerlo *paulatinamente*, para lastimarle ménos, le iba cortando cada día un pedacito!

Basta la luz del buen sentido para disemmascar el intencionado sofisma de Alcibiades; pero obsérvese también que *sólo ella* puede guiarnos con acierto en ese y otros casos análogos. La ciencia, el raciocinio, nos dejarían tal vez perplejos.

Veamos, para concluir, dos aplicaciones prácticas de manifiesta infracción del buen sentido, —una de *hecho*, —otra de *locución*, —que diariamente ocurren en Madrid y en otras cien partes; pero fijémosnos por ahora en Madrid.—Vayamos á la estación del ferrocarril del Norte ó del Mediodía, que lo mismo dá para el caso, y veamos cómo aquellos diablos de mozos tratan los pobres equipajes de los pobres viajeros al cargar y al descargarlos de los *wagones*, á vista y paciencia de la Administración. ¡Qué necesidad hay de darlos tanto porrazo, de echarlos á rodar como pelotas, etc., etc., etc.! Buena es la prontitud en las operaciones, á mucho obliga la prisa con que allí necesariamente se hacen; pero el *buen sentido dice*: que el *festina lenté* de los romanos valdría más que aquella ruina á inútil precipitación.

Todavía lesiona más al *buen sentido* la rara manera de expresarse que tienen ciertos periodistas ¡muchos!

siempre que necesitan hablar de alguno que, para su defensa, ó para ofender, echa mano de un revolver.—No lo dicen ellos así: su falta de buen sentido llega al increíble extremo de escribir, — y todos los días podrán Vds. verlo en letras de molde, — estas ó semejantes palabras: — "Acometido fulano por unos ladrones, sacó el revolver..." — ¡EL revolver en vez de UN revolver! Por manera que, para los que así se expresan, ó el indeterminado *un* equivale al artículo *el*, — ó bien ese instrumento de muerte que se llama *revolver*, y que tan de moda vá estando entre nosotros, es una de esas prendas usuales de que á cada momento se echa mano con la mayor naturalidad: — se saca *el* revolver como se saca *el* pañuelo ó *la* petaca. — Todavía no sucede así afortunadamente, aunque se diga y se escriba en diarias gaceticillas; pero no será extraño que así llegue á suceder realmente algun día, si hemos de juzgar por el rápido paso, — y más que paso, — con que parece que vá huyendo de entre los hombres el *buen sentido*.

EUGENIO DE OCHOA.

RUEGO.

Á UNA SEÑORA.

I.

Preciosa es la jaula
Del pájaro bello,
Que, un nido robando,
Del valle os trajeron.
Mas vez que, aunque brillan
Qual oro sus hierros,
Prision es al cabo
De un sér indefenso.
Igual su lenguaje,
Ya en gozo, ya en duelo,
Feliz el cautivo
Podrá pareceros...
Pues tiene — señora,
Mirad que no sueño —
*El canto en el pico,
La pena en el pecho.*

II.

Cuando él os halaga
Con suaves gorgoros
¿Sabeis lo que dice?
¿Pensásteis en ello?
¿Sabeis si le punzan
Amargos recuerdos
Del campo que amaba
Y el nido paterno?
¿Pensásteis que alegre
La voz lanza al viento
Y á un tiempo bendice
Tirano y encierro?...
Pues tiene — señora,
Mirad que no sueño —
*El canto en el pico,
La pena en el pecho.*

III.

Á vos, que de gracias
Y nobles afectos
Dotó generosa
La mano del cielo,
¿Cruel no se os hace,
Por vano recreo,
De un ave inocente
La tumba ir abriendo?
¿Con tiernas caricias
Juzgásteis, al ménos,
Que dulce le haciais
El pan del destierro?...
Pues tiene — señora,
Mirad que no sueño —
*El canto en el pico,
La pena en el pecho.*

IV.

Yo sé que sois buena
Y amada por eso,
Mostrádnos que siempre
Sois digna de serlo.
— Soltad al esclavo;

Los rústicos ecos
Le esperan del valle
Y el monte severo.
Ser libre es su esencia;
Privado del vuelo,
Su vida no es vida,
Su vida es tormento.
Y hoy tiene — señora,
Mirad que no sueño —
*El canto en el pico,
La pena en el pecho.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL VALLE DE LA MUERTE.

(TRADUCIDO DEL ALEARDI.)

Hay un lugar al fondo del Oriente
Por cuarenta volcanes alumbrado,
Que en su recinto fértil y riente
Guarda un pequeño valle envenenado.

Ninguna planta en su arenal germina
De enormes piedras por do quier ceñido,
Y la sombra de un monte le domina
Sobre la arena lívida tendido.

Del monte aquel en las pendientes suaves
Selvas crecen de cedros y castaños;
Cantan en derredor extrañas aves,
Pacen en derredor brutos extraños.

Fuera, un jardín parece la llanura
Que interrumpen arroyos bullidores;
Cargada de jazmin, el aura pura
Mece tranquila las pintadas flores.

Paro en el valle, cual lebrei ansioso,
Siempre en el arco la acerada flecha,
Cazadora implacable y sin reposo,
Al desentizado sér la muerte acecha.

La golondrina, que con fácil vuelo
De una en otra region los aires doma,
Sólo al tocar aquel confin de duelo,
Como herida del rayo se desploma.

Allí acaba del ciervo la carrera,
Del insecto el zumbido allí fenese;
No hay planta ni reptil que allí no muera:
Yerto sepulcro el arenal parece.

Oye en la selva el retumbar del trueno
Y quieto duerme el búfalo salvaje;
Ve del volcan el enveudido seno
Y ni aun le asombra el cárdano oleaje.

Mas si un hábito sólo desprendido
De aquel lugar de maldicion le toca,
Huye lanzando aterrador rugido
Que resuena al pasar de roca en roca.

Y con todo, mujer, yo he descubierto
Cosa más que este valle desolada;
Bella por fuera, de delicias huerto,
Muerta en el interior, y envenenada.

Y esa eres tú, mujer: que exista dudo
Desierto al que tu pecho no supere;
Como llanura devastada mudo
Dó todo afecto que se acerca, muere.

* El valle de este nombre en la isla de Java, donde existen treinta y ocho volcanes en combustion y muchos que hace tiempo parecen extinguidos, tiene una media milla de circunferencia, y á la falda de la colina que forma la isla, brota un manantial volcánico de ácido carbónico.

Triste erial de dudas y de engaños,
Abismo de ilusiones no nacidas,
Ese es tu corazon, raudal de daños
Fecundo sólo en aguas corrompidas.

Allí del cementerio está la calma;
Si del amor y el bien buscáis las fuentes,
De este valle, sarcófago de un alma,
¡Huid, huid, mortales inocentes!

Roma, 1869.

MANUEL DEL PALACIO.

REVISTA CIENTÍFICA.

Hacer una exposicion doctrinal y crítica de las obras científicas más notables que se publiquen en nuestra patria; noticiar y describir los adelantos é inventos de la mecánica industrial, los de inmediatas aplicaciones prácticas al desarrollo de la riqueza agrícola ó al fomento de intereses puramente sociales; ese es el objeto de la *Revista* con que hemos de complementar nuestra publicacion, reconocidos como estamos al éxito que en la opinion ha alcanzado.

Cierto es que nuestra patria se mantiene poco activa en esas grandes luchas de la inteligencia, selladas con una conquista que el progreso humano acoge en patrimonio: cierto es que el movimiento intelectual es aquí escaso, y la investigacion científica, y la especulacion filosófica, y el adelanto industrial, merecian el trabajo de tantos privilegiados entendimientos que no dan grandes señales de vida, ó que la distraen en poco serias cavilaciones.

Fuera, sin embargo, culpable la afectada prudencia de no mostrar nuestra participacion en el progreso, porque no apareciera tan exigua y pobre.

Nosotros recorreremos esas páginas recientes de profundos escritos que se deben á nuestros pensadores: abogaremos ante la opinion por esos inventos cuya novedad es hostil al desvelado autor, y seremos intérpretes del deseo general que reclama y exige entre nosotros la cultura de la ciencia.

En otros países es admirable el cuadro de progresos recientes.

Apénas empezaba la filosofía de Krause á hacer partidarios, Shopenhauer funda un sistema y una doctrina más perfecta que el armonismo.

Las ciencias fisiológicas se honran hoy con el nombre de Leuret y Claude Bernard, evocando con gloria á Sthal y Bonillar.

Berthetot es la esperanza de las generaciones presentes, y en sus ensayos sobre la conversion en orgánicas de algunas sustancias inorgánicas, revela un progreso en la química, comparable sólo al realizado en su tiempo por Lavoissier, y la revolucion llevada á cabo por Liebig.

Knox, Puchet, Reclus, Riel y muchos otros, resuelven insolubles problemas cosmológicos, descubren los caracteres cuneiformes, y dogmatizan las leyes que rigen la materia.

Jacnowitsch da forma verdadera á la histología, y para esclarecer la historia, además de la inmortal obra de la *Academia de Inscripciones*, se reproducen los Champollion y Colebrooke en los Wilkinson, Brugach, Mariette, Hinks y otros sábios.

Muchos hombres notables tenemos nosotros, capaces de abordar altas, gravísimas cuestiones científicas: empero, arrastrados por otras circunstancias á estudios de distinta índole que á los que están llamados, ó distraídos por la política, malogran disposiciones felices.

El ilustrado filósofo, Sr. Martín Mateos, escribe hace siete años *El Espiritualismo*, y es probable que, desconocida su obra, haya perdido el aliento que requiere la confeccion de un trabajo tan importante como dilatado.

El ingeniero D. Meliton Martín, cuyo talento y oüyafelices disposiciones tanto desuellan dedicadas á estudios científicos, escribe el *Péase* fantástico y otros trabajos literarios, en que la imaginacion brilla más que la ciencia.

Echegaray indicaba en sus trabajos para los *Anales de Química* grandes facultades indagatorias, y la política y el colorido de una pompa transitoria y débil le apartan desgraciadamente del apostolado científico.

Mata, que es una de las glorias científicas de España, y que en su *Toxicología* había descubierto, como en todas sus obras, gran criterio de método y exposicion, deja algo imperfecta su obra por falta de vocacion á perfeccionarla.

Las teorías se suceden con rapidez asombrosa en otros países, y en España apenas despierta interés este estudio especulativo.

La popularización de la ciencia, problema presentado sobre el tapete entre los problemas de la literatura, produjo en nuestro país un momento de entusiasmo que halló el débil eco de la efímera *Piedra filosofal*.

Este fenómeno, aplicado a nuestra historia, es lamentable. En otro tiempo Huarte, médico de Felipe II, la Oliva Sabuco y Nántes Barrera, Nieremberg después, últimamente Casaseca, antiguo profesor del Conservatorio de Artes, y muchos otros, han dado a luz obras que tenían por objeto la popularización de la ciencia, y que desempeñaban su cometido mejor que otras de extraños países.

Nosotros, al dar nuestra *Revista* mensual, nos proponemos el doble objeto de hacer que se conozcan los trabajos científicos serios que en nuestro país dan a luz, y estimu-

lar a los que están consagrados a la ciencia para que en aras de la patria y de la misma ciencia sacrifiquen su reposo ó su silencio. Quienes, pseudo a la propagación de estos importantísimos trabajos, desconocen la trascendencia ó no ponen de su parte la pequeña participación requerida por todos los que hemos disfrutado del patrimonio moral de los que nos precedieron, sufrirán las consecuencias tristes que venimos experimentando.

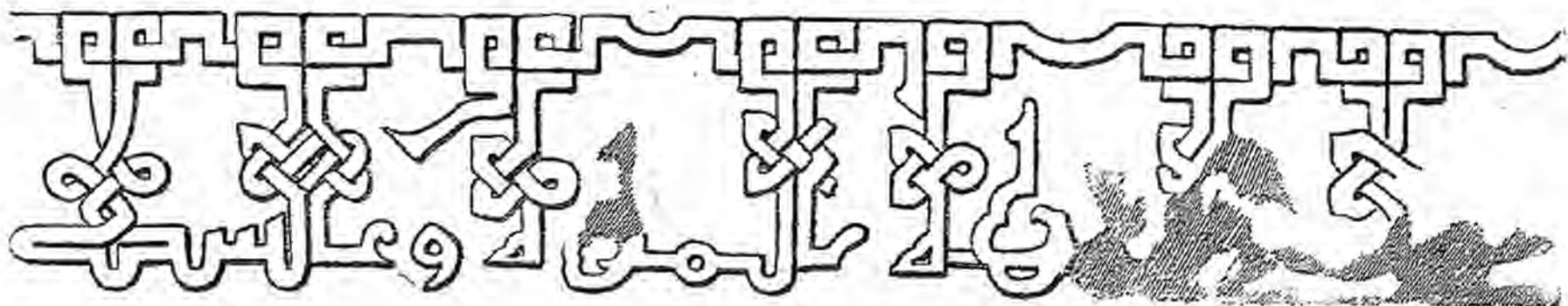
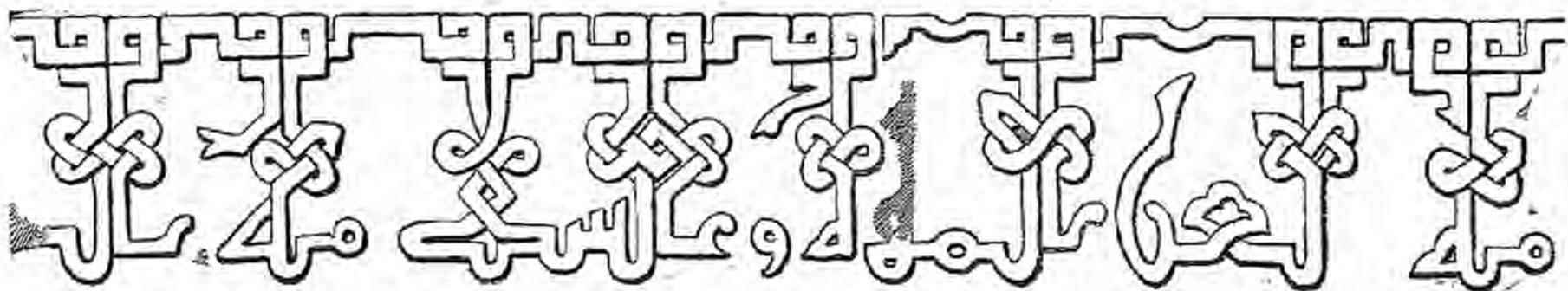
¿A qué se debe la debilitación de carácter, la falta de actividad y energía, tan peculiar de nuestra época? Al desquido y abandono en la cultura de las ciencias.

¿A qué se debe tanto obstáculo en la educación popular? Al reflejo de lo superficial y accesorio que caracteriza la educación superior.

Nosotros queremos evitar, en lo que esté de nuestra parte, males tan funestos; nosotros, aprovechando ofrecimientos nobles de quie-



POZO ARABE DE TOLEDO.



INSCRIPCION ARABE EN LETRA CÚFICA ORNAMENTAL QUE RODEA EL BROCAL DEL POZO.

EL CARNAVAL EN MADRID.



EL PRADO DE SAN PABLO.



LA PLAZA DEL CANAL.

nas están encargados, recorreremos con avidez la estadística de nuestros adelantos y estudiaremos y daremos á conocer cuanto se produzca serio y digno en las esferas intelectuales de nuestra patria.

¿Cómo, en vista de un beneficio tangible, callar por más tiempo esta acusación á quienes entre nosotros cultivan las ciencias? ¿Cómo no estimularlos á que, después de nuestro juicio, la opinión de una prueba de acoger en su seno la estudiosidad y las luces?

A los profesores diremos la necesidad de que sean conocidas sus investigaciones; á los que están interesados en perfeccionarse, enriqueciendo su entendimiento de verdades nuevamente expresadas, aconsejaremos el estudio de ellas, y designaremos las fuentes á donde han de concurrir y el juicio capital que ha de servir de norte á su criterio.

JOSÉ GENARO MONTE.

SABER VIVIR.

Desde que era yo chiquito, que ya hace años, estoy oyendo esta frase:

—¡Ah! ¡Fulano...! ¡Ese sí que sabe vivir!

Y yo me decía siempre:

—Pues señor, puesto que para estar en el mundo es preciso vivir, tengo que aplicarme mucho á saber vivir, como fulano y zutano, que al decir de las gentes son maestros en tan útil y necesario arte.

Y desde que cebé á volar, desde que me puse la primera levita, y fumé el primer cigarrillo, y salté á la calle sin llevar al lado el canchero de la manchega con su correspondiente soldado de caballería con un sable tamaño, me dediqué á estudiar las circunstancias y condiciones de aquellos afortunados mortales de quienes oía decir que sabían vivir.

Y en efecto, hay muchas personas que saben vivir, ¡vaya si saben! pero es el suyo un arte que no se puede aprender, que no se aprende. El que sabe vivir tiene una organización especial, un carácter propio, una disposición particular, una cosa, en fin, que no se adquiere... es, en suma, un don de la naturaleza, prodiga en todo linaje de dones, un privilegio, como si dijéramos, para hacer el favorecido lo que se le antoja, sin importarsele maldita la cosa del mundo y sus alrededores... Pero como la naturaleza es, á la vez que prodiga, equitativa, al mismo tiempo que dá á los destinados á saber vivir desenfado, poca aprensión, egoísmo y otras cualidades que hacen un gran papel en los países civilizados, no les dá, ponga por caso, vergüenza, curidad, generosidad, amor al prójimo, y otras buenísimas prendas que todo el mundo encarece, como es debido, pero que suelen dar á quien las posee más sinsabores que otra cosa, y esto precisamente las hace más recomendables y meritorias.

Conozco mi torpeza, no he podido aprender á vivir, porque si hubiera aprendido otro gallo me cantara, como dijo el otro, y mejor pelo hubiera echado, sin necesidad de recurrir al famoso *Aceite de bellotas con savia de coco avatorial*, que es cuanto hay que decir, y que hace salir el pelo hasta en los puchereros de Alcorcón; pero no por eso ha de negar que existe en efecto ese arte, y que hay muchos que lo ejercen con notable aprovechamiento.

Yo conozco algunos.

Mi amigo D. Macario es uno de los hombres que saben vivir. Ya conocen Vds. los cambios políticos que hemos tenido en España en treinta años, y las vicisitudes por que han pasado los funcionarios públicos altos y bajos, blancos y negros, gracias al sistema de limpiar el comedero todo gobierno entrante á los colocados por el gobierno saliente... Pues bien, D. Macario hace treinta años entró á servir al Estado, ó á que el Estado le sirviera á él, y desde entonces así no ha dejado todavía el hombre de cobrar su paga, aumentada por causa de ascenso cada vez que subía un nuevo ministerio al poder; es decir que los cambios de gobierno, que para los demás empleados eran ocasión de lágrimas y desolación, eran para él motivo de alegría y satisfacción. Figúrense Vds. si tendrá este buen señor en la uña el arte de saber vivir.

¿Todos dirán:

—¡Hombre! será una especialidad, será un funcionario habilitado é irremplazable, un hombre preciso, necesario, imprescindible.

No, señores, no; es un hombre que, fuera de saber vivir, no sabe cosa de provecho, ni es trabajador, ni es necesario, ni hace maldita la falta en ninguna parte; y verdaderamente, sabiendo vivir, que es la más importante de las funciones de todo hombre regular, ó irregular, no necesita saber otra cosa.

Don Macario conoce á todo el mundo; ha tenido la previsión, la constancia de cultivar todas sus relaciones

de familia, de colegio, de vecindad, de viaje, de archiconfradía, de la milicia nacional, de la Paz y Caridad, y de todas las corporaciones é institutos, y se ha amoldado tan bien á todos los caracteres, y ha sufrido con tan agradecida sonrisa desaires y sofiones, que no hay ministro á quien no pueda dirigirse D. Macario recordándole alguna circunstancia atenuante para que le conserve en su empleo ó le ascienda: uno, por ejemplo, iba con él á la escuela, y un día que estuvo encerrado y sin comer, D. Macario le facilitó parte de su almuerzo; otro se ha casado con una novia rica que debía haberse casado con D. Macario, y ¿cómo se le quita el empleo al que se le ha quitado la novia?; otro le pagó un día un puntapié por equivocación en el teatro, creyendo que don Macario le había tirado el sombrero, y D. Macario no se dió por ofendido y se limitó á hacerle observar que había sido una señora gorda que pasaba al mismo tiempo la que había cometido el atentado; otro le debe el favor de haberle acompañado con el paraguas un día que llovía mucho; y nó cito más casos, por no ser molesto.

Toda su vida ha gastado el bueno de D. Macario lo menos bien tarjetas por mes para felicitar en sus días á todas las personas que conoce, por poco que las conozca; primero faltará el sol que faltará él á dar pesames y enhorabuena, y, ya se sabe, el tiempo que tiene libre lo dedica en invierno y en verano á visitar á los grandes y á los pequeños, á los caídos y á los levantados, porque él dice y dice bien: —¿Quién sabe si me podrá valer algún día?— y al que ayer le podía proteger porque puede volver á protegerle, y al que lo protege hoy para que le proteja más, y al que no le ha protegido nunca por si acaso llega ocasión propicia, á todo el mundo mima, adula, festeja, agasaja y manifiesta entrañable afecto, sin reparar en malas caras ni en desdenes, constante, firme, inquebrantable, obsequioso, fino, atento, pulido, cortés y amaregado, con la sonrisa en los labios, el cuerpo arqueado y el ademán humilde y respetuoso.

Todo el mundo dice del Sr. D. Macario:

—¡Jesús! ¡Qué hombre tan cósora!

—¡Maldito hombre! ¡Cuándo le perderemos de vista!

—¡Qué diablo de hombre! No se muera nunca.

—Me carga este hombre.

—Estoy ya de D. Macario hasta la coronilla.

Y D. Macario, sin embargo, vive muy bien, hace lo que se le antoja, vá á la oficina cuando quiere, y tiene su buen dinerito ahorrado, porque el hombre no es casado, ni tiene más familia que una prima segunda para que le sirva, á quien compra un traje de invierno y otro de verano cada tres años, y que le sufre con la piadosa mira de que si se muere el primo podrá dejarla por heredera; pero milagro será que D. Macario no la dé chasco y en la hora de la muerte disponga que toda su fortuna se aplique en sufragios por su alma, es decir, se declare heredero á sí mismo.

Pues conozco otro pez... Es un elegante que ha resuelto el problema de vivir sin gastar dinero, para lo cual el mejor expediente es que lo gasten los demás. Come todos los días y come bien, pero siempre en casa ajena, y para almorzar emplea el mismo sistema. Ha hecho costumbre de favorecer á quince familias bien acomodadas, y así come y almuerza en cada casa dos veces al mes, que no es ningún exceso. Al teatro vá gratis ó á la butaca de un amigo abonado, ó al palco de una familia conocida, ó con el billete de un periódico ó de un autor, y no hay convite de inauguración de ferrocarril, canal ó empresa de cualquier género que sea, en que él no tome parte proporcionándose un billete, aunque tenga que correr todo Madrid y ver á gran número de personajes y escribir cartas y memoriales á infinidad de sujetos.

Su casa es la de un amigo, cuya amistad procuró con el objeto de tener casa gratis, que, por su profesión, tiene que hacer muchos viajes, y no estando en su casa el amigo la mayor parte del mes, está él, que es el mismo. Las camisas se las hace una pobre muchacha que cose en blanco y á lá que hace el amor por lo fino; las botas se las facilita un zapatero á cambio de un suelto en un periódico, en el que es redactor un amigo que tiene la debilidad de poner el suelto por servirle, en cuyo suelto se dice que el supradicho zapatero es el mejor del mundo, y en efecto, para mi hombre difícilmente podría hallarse otro mejor. Fuma pidiendo cigarrillos á todo amigo ó conocido que fuma, y ¡quién niega un cigarrillo!

Se viste pagando al sastre una corta cantidad mensual, y el sastre se aviene á esta condición, porque su parroquiano es la trompeta de su fama y le lleva cuantos amigos necesitan ropa; de esta manera, aunque no le paga más de veinticuatro duros al año, se manda hacer prendas por valor de 3.000 rs., con lo que tiene una deuda para cuyo pago no le apura el sastre agradecido, y que saldará en el momento en que logre su propósito

de casarse con una mujer rica, aunque sea más vieja que Noé. En suma, mi hombre come, bebe, fuma, viste calza, tiene casa y de nada carece, y viene á gastar al año algunos 1.000 rs., y así tiene ahorrados algunos otros miles, esperando que llague la hora deseada de cumplir su misión, que ya he dicho cual es, contraer matrimonio con quien le mantenga.

¿Y qué me dicen Vds. de D. Mamerto Hormiga, que era un infeliz escribiente, á real el pliego, hace cosa de veinte años, y hoy es un gran señor que tiene casas, coche, hacienda en término de Leganés, y muchos miles de duros en papel del Estado?... Fortuna tan colosal no se hace con el trabajo; D. Mamerto la ha hecho sabiendo vivir, procurando ganar una reputación de honradez y virtud que ha puesto en sus manos las fortunas de algunas familias preñadas de hombre tan de bien. Tutor de unos menores, se ha compuesto de manera que se quedó con dos casas que tenían los angelitos; administrador de un grande de España, le ha achicado de tal suerte, que el grande está más tronado que una rata, después de haber pagado á D. Mamerto grandes cantidades que éste le prestó, procedentes del mismísimo dinero que manejaba de la propiedad de su principal... ¡Digo si sabrá vivir el que logra prestar con interés al mismo dueño del dinero que presta! Ha fundado una sociedad de crédito y ha tenido tal habilidad que, al hacer la liquidación, ha dado á cada imponente una tercera parte de la cantidad impuesta, y todos han quedado agraciados, considerando que podía no haberles dado un ochavo, y la operación la ha hecho con tal maestría que nadie puede legalmente reclamarle un cuarto, por más de que todo el mundo está convenido de que el hombre ha hecho un negocio redondo con el dinero ajeno.

El Sr. D. Mamerto es hoy hombre de gran crédito, su firma vale cualquier cosa en todas partes, y cuando se muera se le harán artículos laudatorios en los que se hablará largo y tendido de sus largos años de trabajos y honradez.

Pero en presidio hay muchos hombres con bastante mérito.

Todos conocemos al distinguido escritor D. José de las Habas Verdes. Principió su carrera escribiendo para el teatro, pero con tan mala fortuna, que una tras otra le aplicó el ilustrado público tres silbas como para él sólo. Días no le llamaba por aquel camino ni por ningún otro que condujese á la gloria literaria; pero el hombre, achacando sus derrotas en el teatro á intrigas de la negra envidia, á ineptitud de los actores y hasta á reprobados manejos del tramoyista, que un día de estreno de una de sus obras se equivocó y puso un bañador de selva cuando los demás eran de salón del Renacimiento, no se dió por vencido en su afición á las letras... y se fué á pedir una audiencia á la reina. Esta señora se la concedió, y el poeta derrotado expuso su pensamiento de publicar una colección de sentencias, máximas, axiomas y apotegmas extractados de los Santos Padres sobre los goceos de la paternidad, y pidió á S. M. protección para tan grande obra. Concediósele bondadosamente aquella señora, y ya tienen Vds. á mi buen hombre probando la paciencia de los directores y oficiales de las bibliotecas, y publicando, después de tres meses de tomar citas, y consultar infólios, un librito en cuya portada se leía: *Sobre la paternidad*, máximas, etc., por D. José de las Habas Verdes, con lo cual demostró que el autor de lo que han escrito los demás, puede ser cualquier compilador que no ha escrito más que la portada del libro.

Y así empezó á vivir de las letras... ajenas, porque de la cantidad que le concedió la reina gastó una mínima parte en la edición, y luego vendió ésta, enviándola, por las listas de contribuyentes que se proporcionó, á los padres de familia con una atenta circular, en la cual encarecía las sublimes virtudes de la persona á quien se dirigía, pidiendo una pesetilla por el libro adjunto, y es claro, colocó toda la edición.

En este camino ha hecho el hombre prodigios; tiene publicadas varias colecciones de retazos de obras de otros, y gracias á los sueltos que el mismo escribía y lleva á los periódicos, á las dedicatorias á reyes, infantes, ministros y otros personajes, ha conseguido el hombre vivir de las letras como se propuso, y hasta en tiempos de menos libertad logró que se le declarasen de texto algunos libritos, y ¡quién sabe si si que empezó autor silbado acabará académico!... que de menos nos hizo Dios y cosas más raras se han visto.

El caso es que mientras nuestros escritores de talento viven Dios sabe cómo, D. José, que no tiene ni imaginación, ni estilo, ni originalidad, ni erudición, pasa casi por un sabio y crítica á todo el mundo, y nadie le nombra en un papel impreso sin añadirle el mismo de distinguido, ó concienzudo, ó acreditado escritor.

El doctor Jarabe es un médico de gran fama que no asiste más que á señoras, y... no saben Vds. qué ganas es asistir á las señoras! y yo tampoco lo sé, porque no soy médico; él las aconseja siempre baños, aguas, viajes á aquellos puntos donde hay mucho lujo y muchas diversiones, y los maridos pagan bien caros los consejos del médico. Los maridos, á no sentirse bastante malos, no llaman al médico; pero para las indisposiciones de las señoras, por ligeras que sean (las indisposiciones, no las señoras), hay que llamar enseguida al doctor.

Si al doctor Jarabe le llaman para enfermos graves, declina enseguida el honor de asistirles, ó se hace ayudar de otro ó de otros, para que si el enfermo se muere cargue con el muerto el compañero. A él no le gustan más que las indisposiciones que se curan solas, y las que no son otra cosa que caprichitos, nervios, mimos y otras gracias. Pero si este doctor no tiene gran ciencia médica, en cambio tiene amenísima conversacion, sabe la historia de todos los matrimonios un poco visibles, y entretiene de tal manera con sus discretos, sales y oportunidades á las enfermas, que aseguran muchas de sus clientes que sólo con verle se alivian, y muchas veces ocurre que una elegante dama, á quien ha encontrado su marido con una convulsion atroz, y pasada esta crisis, ha quedado postrada, lánguida, melancólica, llena de sombríos pensamientos, y sin querer contestar á los mimos y halagos y palabritas de miel del atribulado consorte, se ríe á carcajadas á la media hora de haber llegado el doctor Jarabe. Si oyen Vds. á las enfermas del doctor Jarabe, todas les dirán que él las ha salvado de la muerte, aunque no es verdad que jamás se hayan visto, por fortuna, en tan extremado caso, ni mucho menos.

Amigo de todos los hombres políticos, como que es el médico de todas las mujeres políticas, el doctor Jarabe pertenece á todas las comisiones científicas, es el oráculo á quien se oye para todo cuanto se refiere á la facultad, ha sido diputado varias veces, tiene influencia, la mayor influencia que puede tenerse, la influencia con las señoras, y es en suma un personaje; mientras condiscípulos suyos, llenos de ciencia, estudiando toda la vida y haciendo curas prodigiosas, están reducidos á un partido que las suele producir seis ó ocho mil reales mal pagados, algunas coces que les dan los alcaldes y concejales del pueblo, y algún trabucozo que les suelta una noche un bárbaro, porque el médico en el reconocimiento de quintos no dijo que aquel quinto, un mozo como un trinquete, era inútil para el servicio de las armas.

No pondré más ejemplos para no cansar al lector. De todas mis observaciones acerta de los sujetos que *saben vivir*, deduzco que *saber vivir* es sinónimo de ser hipócrita, ó desvergonzado, ó enano, ó egoísta, ó pillasiro, ó faraute... y francamente, aunque es probado que muchos, sin más méritos que su desfachatez ó su hipocresía, viven grandemente y se ríen de los infelices que viven como Dios manda, sin apartarse jamás de la senda del decoro, de la modestia y del trabajo, no juzgo, sin embargo, envidiable la suerte de los que *saben vivir* ó haciendo bajezas ó haciendo picardías.

¿Quién sabe si esos que porque *saben vivir* excitan la admiración de los bobos, á solas consigo mismo se juzgan más dignos de desprecio que de envidia?

Saber vivir no es eso: es no hacer daño á nadie; es no querer prosperar más que por el trabajo; es poder levantar la frente erguida y no tener que acusarse de nada injusto, de nada humillante, de nada indigno; es, en fin, estar en situación de morir tranquilamente á cualquier hora, sin llevar al otro mundo el remordimiento de ninguna culpa.

CARLOS FRONTERA.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

EGLOGA CONTEMPORANEA

POR

LUIS DE EGUILAZ.

(Conclusión.)

XV.

EXPLICACIONES.

A las bodas de Melita y Perico, segunda edición de las de Camacho (que dicho sea entre paréntesis y como dato para los cervantistas, pudieron muy bien ser inspiradas al inmortal autor de *Don Quijote* por otras muy semejantes á las que describe que se verificaron en su tiempo en Jerez de la Frontera), á las bodas de Melita y Perico, decía, estaba convidado el lugar en masa; que no

ménos solemnidad quisieron dar nuestros amigos á esta ceremonia tan esperada, feliz término de tantos afanes y trabajos.

—Hijo! exclamó el tío Antonio, que por más anciano la mesa presidía; obra de misericordia es enseñar al que no sabe, según reza la doctrina cristiana, y hora es de que nos digas cómo de pobre cavador has llegado á ser en poco tiempo hombre acomodado, que sin que lo fueras ya nos has referido que Melita no se casaba contigo. Que surtes de hortaliza á este pueblo y á algunos otros de los cercanos lo sabemos todos, y que esta hortaliza se cria en tu heredad no lo ignoramos; que los árboles que por cima de la cerca asoman la gaita, á veces gritan que aquella es tierra de regadío; mas aunque pozo en casa tienes, á todos se nos acuerda que es de los más hondos, y á nadie se le oculta que no posees mula ni vaca que vueltas dé á una noria, caso de que para sacar el agua la hubieras hecho. Explicanos el milagro, que acaso la explicacion á alguno aproveche; y Dios te lo pagará, cuando te premie el bien que has hecho dando de beber al sediento, que también es obra de misericordia.

—Tío Antonio, contestó Perico, ésta no quería casarse mientras no tuviéramos la seguridad de que no había de faltarles el pan á los hijos que Dios nos mandara; que estudiase, me mandó, para conseguirlo; y como que he servido al rey y he visto mundo, tengo el sentido despierto, y á fuerza de cavilar hallé que el modo que tenía de salir de pobre, era hacer que por su gusto y en provecho propio trabajara para mí todo aquel que por mi puerta pasase. Con esta idea hice construir en la ciudad una bomba que apliqué á mi pozo, del cual no podía sacar agua sin grandes gastos; y al par que hacía por fuera el abrevadero, fabricaba por dentro una hermosa alberca, y cuando ponía por la parte del camino el caño de hierro por donde el agua sale, colocaba enfrente por dentro otro, de diámetro cuatro veces mayor, con lo que conseguí que por cada cuartillo de agua que en el abrevadero caía, entrasen cuatro en mi alberca. Así, aprovechando el trabajo voluntario de los demas, que pago con el agua que les doy, he conseguido hacer de regadío mi tierra de secano, y asegurar el pan de Melita y el de los hijos que Dios nos dé. A nadie engaño, porque sobre el manubrio, que la bomba pone en movimiento, digo al caminante: «No me bendigas, porque si sacas agua tu trabajo te cuesta, y á mí que he hecho el gasto no me cuesta trabajo el sacarla.»

—Si de hacer bien á todos te resulta bien, exclamó el tío Antonio entusiasmado, puedes aprovecharlo y dormir con la conciencia tranquila, que no sé que en el mundo se haya hecho negocio más honrado y cristiano.

—Pedro, dijo Melita, de explicar acabas cómo has asegurado el pan de los hijos, que Dios quiera mandarnos, á la par que el mio. De este último no te ocupes; que si tú que comer me trase, yo, gracias á la Virgen, te llevo que cenar.

—¿Cómo puede ser eso? preguntaron todos con admiración.

—Cuando le decía: «Pedro, estudia», añadía siempre: «estudia, que yo no me descuido.» No me he descuidado; y en onzas de oro y pesos duros tengo en el area treinta mil y pico de reales, que destino á hacer vendimia en Valdesumo, para que los de Torre-Flores no nos pongan la ley.

—En todo eres bendita, hija, interrumpió el tío Antonio. Mas explica de dónde ese dinero sale, que con saber que eres rica nos has dejado á todos con tanta boca abierta.

—Así como Pedro ha hecho su fortuna dando de beber al sediento, contestó la encajera, yo he fundado la mia enseñando al que no sabe y consolando al afligido. Esos treinta mil reales los he ganado haciendo que todo el lugar aprenda á hacer encajes; contando cuentos, y cediéndos mis lagares y mis tinajas para que hicieran la vendimia.

—Pero si por nada de eso has llevado un cuarto, y nosotros somos los que en ello hemos ganado!

—Pues así deben ser los negocios, tío Antonio; que no puede ser honrado aquel en que todo el que toma parte no gane alguna cosa. Sirviéndos á todos, y aprovechando lo que nadie recoge, y lo que todos tiran, llevo de cenar á Pedro.

—Pero acaba de reventar, mujer, exclamó éste, ó reventaremos todos de curiosidad.

Melita se recogió un momento en sí misma, y después de pasar una triunfante mirada por los rostros de todos sus comensales, preguntóles sonriendo:

—¿Sabéis para qué me han servido los almarjos que todos, durante mucho tiempo, me habeis traído?

—Para no pasar las valadas muertas de frío, y para alumbra la habitación en que las pasábamos.

—Y para algo más. El almarjo, al quemarse, se con-

vierte en ceniza, y de esa ceniza se hace la barrilla, y sin barrilla no se fabrica jabon.

—Mira una cosa que en toda mi vida se me hubiera ocurrido, dijo el tío Antonio, haciéndose intérprete de la comun admiración.

—Pues no para ahí, continuó Melita, gozándose en la general estupefacción. No todo el calor que los almarjos al quemarse daban, se ha empleado en calentar nuestros cuerpos, que una buena parte de él ha servido para hacer hervir la caldera del alambique de mi abuelo, de que he sacado no pocas arrobas de aguardiente.

—¡Aguardiente! Pero ¿quién te ha dado mosto de que extraerlo!

—No habian Vds. dejado en el corral chico el orujo, que iban á tirar á los muladares! Pues de eso que ustedes arrojan me he aprovechado; y más de una noche ha salido de mi casa para la ciudad una docena de carretas cargadas de sacos de ceniza y barriles de aguardiente. Yo he puesto en este negocio el capital que tenía: lagares y tinajas por un lado; enseñanza y distraccion por otro. Ustedes, que tan gananciosos han salido, puesto que nada creen haberme dado en cambio, han puesto lo demas dejando en mi casa orujo y almarjos.

El cronista de esta verídico hecho renuncia á pintar cómo estas revelaciones fueron acogidas.

XVI.

SINTESIS.

La riqueza no está muchas veces en el producto, sino en la aplicacion que se le dá. De lo que todos tiran, algunos pueden hacer su fortuna.

XVII.

MORALEJA.

La cuestion del capital y el trabajo está resuelta. Extriba en que el que trabaja salga tan ganancioso, que crea que es el sólo que se aprovecha del negocio y bendiga al capitalista.

XVIII.

ÚLTIMA HORA.

En Valdesumo no ha vuelto á abrirse la taberna; pero en cambio se ha abierto al comercio una gran fábrica de jabon. En Torre-Flores no se hace ya vendimia; mas como todo en el mundo está compensado, Valdesumo encierra en su recinto dos alambiques, sin contar el de Melita, que sin cesar funciona; y entre los tres quemando todo el orujo y una parte del mosto de la comarca.

La industria encajera de Almagro tiene en las mujeres, niños y ancianos de este lugar, terribles competidores. Las casas del pueblo son casi todas nuevas; y por cima de las tapias de los corrales de muchas, asoman las copas de algunos naranjos y limoneros. El señor Pedro Fernandez, alcalde que este año ha entrado, después de empedrar las calles y poner en ellas algunos faroles de petróleo, ha hecho entrega al maestro de unos cuantos centenares de volúmenes, escribiendo á la puerta de la casa, en que éste enseña á los muchachos, con letras como melones:

ESCUELA Y BIBLIOTECA MUNICIPAL.

Por fin, en Valdesumo todo el mundo tiene con que comprar pan; y aun resta á sus moradores lo bastante para sostener una compañía de la legua, que de vez en cuando viene á dar representaciones dramáticas en un salon de casa de Melita, que por iniciativa de ésta se ha transformado en teatro, subsanando así la falta de sus cuantos; y todo esto reunido ha hecho que al formar el juez del distrito la estadística criminal, el año pasado se haya visto en la precision de escribir: *Valdesumo.—Cero.*

Dícese en la ciudad inmediata que el alcalde valdesumense D. Pedro Fernandez agita la idea de derivar de uno de los afluentes del Guadalquivir un canal de riego, que fertilice los campos de su aldea y las inmediatas, fundando el logro de su empresa en una asociacion de jornaleros y propietarios, cuyas bases tiene ya establecidas. De verificarse esto, aquella comarca llegará á ser la más rica y férax de Europa. También proyecta de un modo análogo disecar las marismas, y entregar aquellos terrenos, mal sanos é improductivos, á los brazos mismos que en destruir los pantanos se emplean.

XIX.

HABLA EL AUTOR.

Esta es la égloga de Melita y Perico, que si no en la forma ruda que la he dado, en su bellísimo fondo creo muy superior á la de Batilo y Nemoroso.

Figúrate, lector, por un momento, que Valdesumo es España. ¿Le estarían mal á nuestro país una Melita y un Perico? Pues si hemos de decir que aún hay patria, fuerza es que te echas á buscarlos.

Madrid, 4 de Febrero de 1870.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Empresa difícil de acometer y de llevar á cabo se considerará, á no dudarlo, la de escribir una revista general de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, dando á conocer la vida y el movimiento intelectual de las corporaciones sabias de nuestra patria, cuando la mayor parte de estas utilísimas asociaciones carecen de periódicos que consignen sus servicios, y aún muchas sólo de tarde en tarde publican las actas y memorias de sus importantes sesiones. Mas por lo mismo será nuestra revista más conveniente y oportuna, y aún interesante, cuanto más abundosas pruebas pueda reunir del celo de estos cuerpos científicos y literarios, á que pertenecen casi todos los hombres más estudiosos de nuestro país, y casi todas las eminencias políticas, científicas y literarias de la España moderna. Porque no sólo en Madrid, centro de los principales cuerpos científicos de la nación, es en donde esta clase de asociaciones manifiestan su espíritu y su fuerza, su actividad y su vida. Dedícase también las Academias y Sociedades de las provincias á estudios largos y penosos, fomentando los adelantos literarios, los progresos científicos y las mejoras agrícolas é industriales. Podrán ser algunas vez ménos brillantes que en Madrid esas manifestaciones del estudio en algunas capitales de provincia, y aún en poblaciones subalternas, por la falta de medios materiales con que debe luchar á menudo el entusiasmo intelectual de los sabios; pero no por esto son ménos dignos de consideración y de aplauso los descubrimientos y ensayos, las fatigas y las publicaciones de los hombres estudiosos de las provincias. Nos proponemos, pues, ocuparnos en estas revistas de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias de nuestro país, examinando y describiendo paulatinamente los estudios más ó ménos graves é importantes de unas y otras, procurando retratar el espíritu de tan útiles asociaciones, sin prevenciones y con severa imparcialidad, para que la ILUSTRACION DE MADRID consigne en sus páginas, acoso con mayor razón de la que supongan nacionales y extranjeros, cuál es la ilustración de la capital de España y de sus provincias.

Entre las mayores pruebas de vida y animación de las Academias y Sociedades, son las recepciones de nuevos individuos de número las que manifiestan en alto grado el anhelo de estas corporaciones para conservar su esplendor y contar en su seno personas notables bajo todos conceptos. Tres son las que se han verificado recientemente por la Academia de la Historia, y de los discursos leídos en tan solemnes autos vamos á ocuparnos hoy, dejando para una próxima revista todo lo relativo á sus trabajos interiores, adquisiciones de medallas y manuscritos, estudios y publicaciones. Los Sres. Marqués de Molins, D. Juan Faendo Riaño y D. José Godoy Alcántara, han sido los que han venido á aumentar el número de los hombres doctos que constituyen la corporación

que tiene á su cargo la conservación y la ilustración de la historia nacional.

Tan curiosos como dignos de sus autorizadas plumas han sido los discursos de recepción de cada uno de los individuos literatos. El Sr. Marqués de Molins tomó por asunto del suyo las vicisitudes de la antigua Elche, la célebre *Ílize*, de que tanto han hablado los eruditos y que tantas pruebas arqueológicas de su vetustez ha prestado á los anticuarios. Después de manifestar su opinión respecto del origen ibero de su nombre, indica los recuerdos fenicios de su territorio, examina sus vecinda-

descombro de la ciudad, fué convertida la soberbia colonia en un castillejo, que le dió el nombre de Aloudia. Entonces, en fin, se agregaron á las vías romanas, reparadas por los Omeyas, los colosales aljibes, que aún hoy subsisten y que han dado refrigerio á tantos sedientos caminantes, labrados, con todo, al son de sollozos y entre lágrimas por los cautivos cristianos. Con llanto, pues, fueron amasados (según el dicho de un gran poeta) aquellos muros, y á golpes aprendieron nuestros padres el arte de apagar la sed de cien generaciones futuras.

Pero mayor interés tiene aún, si cabe, el discurso de

recepción del Sr. Marqués de Molins, relativo á la historia y antigüedades de Elche, cuando llega á la época de la reconquista, y cuando después de haber estado bajo el señorío de la poderosa familia de los Manuales, era adjudicado al reino de Valencia y á la corona aragonesa. Más adelante, cuando el monarca de Aragón hipotecaba á la ciudad de Barcelona la villa de Elche por precio de ocho mil florines de oro, con el fin de levantar fondos para recobrar el reino de Sicilia, sintiéronse de ello amargamente mujeres y clérigos, y para acallarlos fué preciso concederles los privilegios de que gozaba Oriñuela. Los habitantes, sin embargo, no casaron hasta que, en 1461, lograron redimirse con sus propios dineros y hacienda. Todavía, no obstante, interesa más el discurso del Sr. Marqués de Molins, cuando para referir lo que motivó que Elche fuera señalada para alimentos de doña Isabel la Católica, cuando se estipularon capitulaciones para contraer matrimonio con el rey don Fernando, dibuja con pintoresca pluma las poéticas al per que trágicas emociones que precedieron al desdado enlace de los Reyes Católicos. Conocidas son las dificultades y las peripecias que hallaron los dos enamorados príncipes para el logro de su matrimonio, que debía ser la completa unidad española y la base del engrandecimiento nacional de la Península. Aquel enlace, dice el Marqués de Molins, fué á la vez una cuestión nacional, un negocio peninsular, un acontecimiento europeo;

último drama de la España feudal, primer capítulo de nuestra gran historia. Porque era nacional lo tomaron en cuenta una y otra vez las Cortes del reino; porque era peninsular se interesaban igualmente los soberanos de Navarra y de Portugal, de Aragón y Castilla; hasta el excepcional señorío de Vizcaya, hasta el no conquistado reino de Granada. Era europeo asimismo. Felices circunstancias aquellas en que, para ascender al trono de Castilla, nos brindaba Inglaterra dos príncipes, Jorge y Ricardo; Francia nos presentaba solemnemente al heredero de su reino, el duque de Berry, hermano de Luis XI; y hasta Portugal, ufano todavía con su victoria de Aljubarrota, solicitaba para su viejo rey D. Alfonso la mano de la joven princesa castellana. — Pero, sobre todo, añade el Marqués de Molins, presentaba aquel asunto el carácter feudal propio de la época: caballeresco y misterioso, con aventuras amorosas por una parte, tiranías domésticas por otra, dividiendo los prelados de la Iglesia y las familias de los magnates. Doña Isabel, joven de diez y ocho años, llevando adelante la trama de la novela de su corazón. El rey D. Enrique, su hermano, extremándose en precauciones para impedirlo, apelando á medios que repugnan al cariño y á la moral.



ALDEANOS DE PUENTE TOBA.—TIPOS DE SORIA.

des no ménos primitivas, y discurre entre curiosos episodios del tiempo de los cartagineses, de los romanos y de los árabes. De los fenicios ó cartagineses supone derivan las famosas palmeras que tanto embellecen el suelo ilicitano; de los romanos determina los edificios, las inscripciones y las medallas que allí dejaron, y de los árabes retrata las costumbres y describe la condición social en cuanto se relacionaba con la villa de Elche. «Fuera curioso pintar, dice el Marqués de Molins, el recibimiento hecho por Elche, hácia el año 306 de la egira, al magnífico y sabio califa Abderraman III. Ni carecerían de interés los retratos de aquellos gobernantes, la narración de las vicisitudes de aquel territorio, el relato de sus civiles discordias, la memoria, en fin, de aquella nueva invasión de los almorávides, que dió en tierra con los restos del culto cristiano, y trajo á cautiverio innumerables gentes. — Entonces fué cuando desaparecieron, no sólo legal, sino materialmente, hasta los últimos vestigios de la ciudad romana, habitada hasta allí por los mozárabes; entonces, sobre las ruinas y mosaicos que caen hácia el poniente de la rambla, penetró el arado y se arraigaron las palmas; y al siniestro lado del barranco, utilizando el desnivel mismo producido por los

El maestro Giron, vasallo favorito por el monarca, teniendo que ser espelido de la cámara misma de la joven princesa por su amiga la marquesa de Moya, que puñal en mano defiende el honor de su señora. El favorecido príncipe D. Fernando, obligado á disfrazarse de criado y á servir á la mesa á sus súbditos para llegar hasta su amada. ¡Cuánta poesía tiene la verdad! ¡Cuánto drama hay en la historia!

Acertado estuvo sobremanera el Excmo. Sr. D. Antonio Benavides en su discurso de contestación al señor Marqués de Molins. Castizo como siempre en el lenguaje, correcto y hasta elocuente, embelésó, al punto decíras así, á los numerosos concurrentes á los salones de la Academia. Preguntó si no bastaba nombrar á D. Mariano Roca de Togores para que no sonase su nombre con placer, recordando una vida empleada en cultivar las letras, en honrar y ensalzar á los literatos. Llamó fausto al día en que se abrieron las puertas de la Academia de la Historia al director de la Academia Española, al que ocupaba en el mundo literario tan envidiable puesto, que ilustraron á porfía multitud de varones insignes, á contar desde el Marqués de Villena, cuyo título recuerda acontecimientos notables en nuestra historia. Ensalzó, en fin, su amor y afición á las bellas letras, sus servicios como diputado, como senador y como ministro, debiéndose á su inteligente iniciativa la reforma de las Academias, y por último, entre mil oportunas y profundas reflexiones sobre las vicisitudes de las civilizaciones y de los tiempos, termina el Sr. Benavides diciendo que el trabajo del nuevo académico no ha sido otra cosa que la historia de Elche, bellísimo cuadro matizado con los más vivos colores, en el que campean á la par las más profundas investigaciones históricas y las artes todas del bien decir, tan propias de un consumado maestro en la lengua de Cervantes, como es el director de la Academia Española, D. Mariano Roca de Togores.

El discurso de recepción de D. Juan Facundo Riaño tuvo por objeto demostrar una vez más la importancia de la *Crónica general* de D. Alonso el Sabio, y de los elementos que concurren á la cultura de aquella época. No sólo se propone probar el Sr. Riaño en su muy erudito discurso cuán superior fué la inteligencia del rey sabio, sino también que la indicada obra no por esto debió de ser producto todo de su propia y única mano, como podría suponerse, sino que se valió atinadamente de los literatos de su época, por más que pueda ser considerado, generalmente hablando, como autor de la misma. Acertadas y sagaces deducciones acumula el nuevo académico, probando que no desconoce nuestros archivos y que ha hecho importantes estudios acerca de los más interesantes puntos de nuestra historia nacional. Bien merecía ocupar un puesto en el serio recuento de nuestras Academias el que, como dijo muy bien en su discurso de contestación el Sr. D. Eduardo Saavedra, pertenece á esa fuerte raza de los estudiantes del Norte, que concluido en las aulas un estudio intenso, empuñan el bordon y trasponen con resuelto paso las montañas del horizonte pátrio, para depurar la ciencia y fortalecer el carácter con el trato y comercio de los hombres y las cosas de diversos países. Así el Sr. Riaño, después

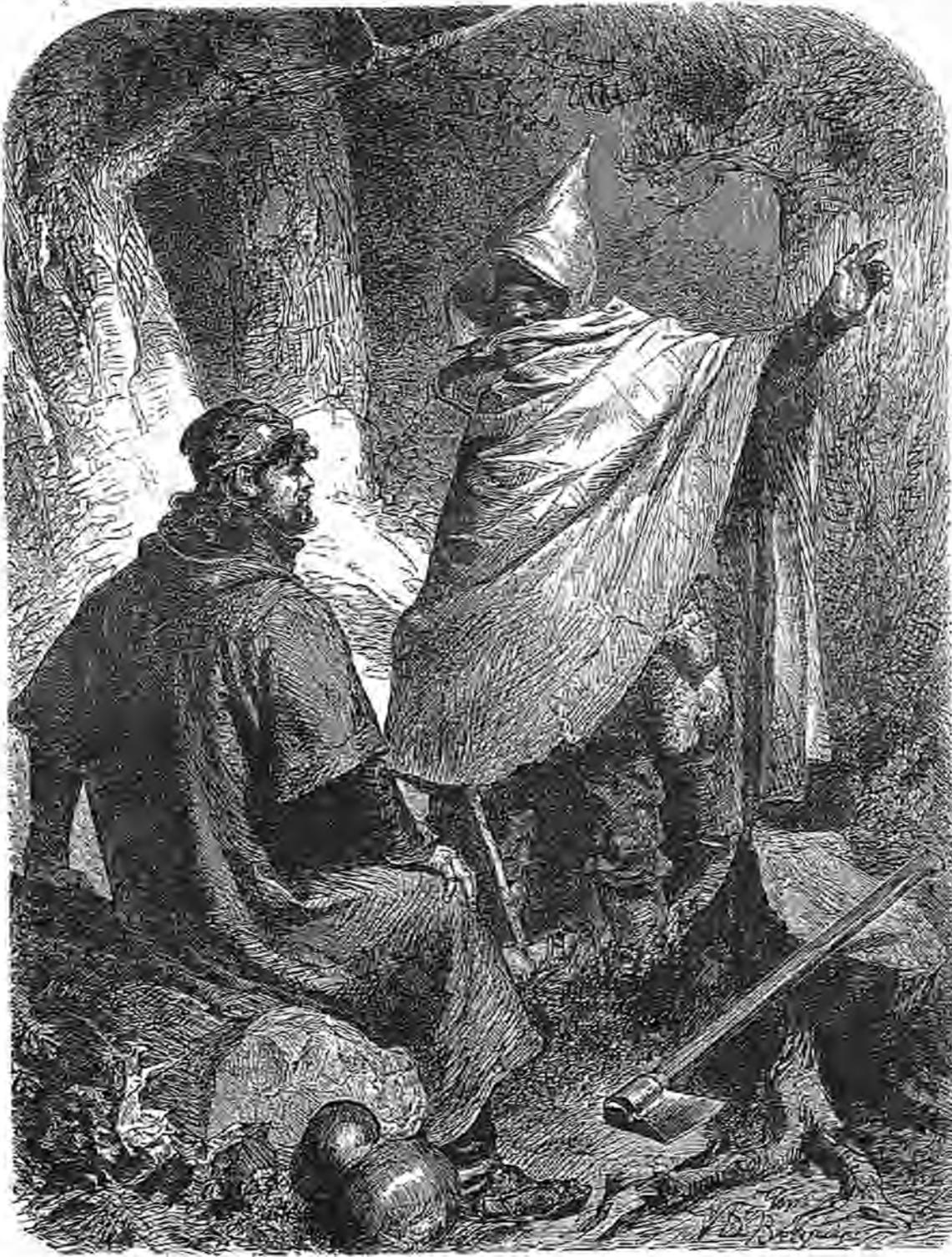
de recorrer nuestras más preciosas antigüedades españolas, ha saludado las escuelas de Francia y de Alemania, ha visitado las ruinas de Italia y los museos de Inglaterra, de Suiza y de Portugal. El punto principal de su discurso, añade el referido académico en su contestación, consiste en establecer las relaciones de la España cristiana con la Europa en el movimiento civilizador de la Edad media; objeto digno de la elevación de miras que hoy domina el campo de la historia.

Variados sobremanera pueden ser los asuntos que se escojan para tema de discursos de recepciones ante la ilus-

trada al autor en las diversas consideraciones filológicas con que enriquece su erudita memoria, ya poniendo en duda la verdad de los *métodos* y *sistemas*, considerando como caprichoso y por demás arbitrario el *orden alfabético* en los diccionarios, pues «el *orden alfabético*, dice, no ha enseñado nada á nadie;» y deteniéndose en más ó menos rigurosos asertos para intentar aclarar, definir y clasificar mejor las necesidades del habla castellana. Ocupase enseguida de la mayor ó menor *fertilidad* de las letras de nuestro alfabeto, por lo que se refiere á los verbos, de manera que encuentra con la letra

inicial A noventa y seis verbos primitivos y radicales, con la B ciento sesenta y cuatro, recontando riquezas lingüísticas, clasificando combinaciones y reuniendo observaciones filológicas de mayor interés cuanto alejadas de la fácil comprensión del vulgo.

La primera y más general división de los verbos, dice el Sr. Cutanda, la que se ocurre por sí misma, es en dos clases: verbos de significado inmaterial, y verbos que significan actos y movimientos materiales y, digámoslo así, tangibles. No embe duda en que la mayor parte de estos últimos nacieron antes que los inmatriciales, aunque los hay, entre los que podríamos apellidar afectivos, que bien oarían disputar antigüedad á todos los demás. *Ver, oír, andar*, materiales, difícil es que precediesen á *vivir, doler, amar, morir*, que son abstractos y metafísicos.—Lo que asombra es cómo en edades remotísimas, primitivas, pudo inventarse aquella clase de verbos, cuyo significado comprende una de las abstracciones más sutiles que han penetrado en la mente humana; los auxiliares y algunos sus hermanos, aun en el mayor apuro de la necesidad, difícilmente habrían ocurrido á los más sutiles ideólogos. *Ser, estar, haber, tener, hacer*, parecen verbos revelados... si bien, por qué dudar que á la fuerza lo hableron de ser los principales elementos de un primitivo idioma?—Si algo hay portentoso y sobrenatural entre las cosas que maneja-



LEÑADOR DE LOS PINARES Y PASTOR DE VILLACIEVOS.—TIPOS DE SORIA.

tre Academia de la Historia, y he aquí por qué en la entrada del Sr. Godoy Alcántara, verificada también con toda solemnidad el día 30 de Enero próximo pasado, llamó notablemente su discurso la atención de los concurrentes á este acto. La verdadera crítica de los hechos en la historia, las dotes que deben adornar al historiador, he aquí dos de los puntos principales que campean en su bella memoria, y que con oportunísimas reflexiones y curiosos datos llamaron la atención de aquel escogido concurso. Contestóle á nombre del cuerpo el Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo, siendo inútil aseverar á nuestros lectores cuán esmeradamente cumplió con su cometido quien ha sabido alcanzar mayores triunfos literarios en la misma y en otras Academias.

También ha oído leer en su recinto variados y eruditos discursos la Academia Española, llamada generalmente *de la Lengua*, porque celebró, como de costumbre, sesión pública inaugural, en que leyó el de reglamento D. Francisco Cutanda, acerca *De la posibilidad y la utilidad de clasificar metódicamente las palabras de un idioma; preliminares para la ejecución de este pensamiento, y observaciones emergetas á la clasificación de los verbos radicales castellanos*. Difícil es seguir en esta breve re-

por no decir ingratitud, es la creación, perfección, conservación, trasmisión y conversión de un idioma.—De los trescientos treinta y nueve, al parecer radicales, de significación inmaterial, que he reunido, añade más adelante el Sr. Cutanda, son muy pocos los que resultan inclasificables, por lo muy especial de la idea que expresan.—Y esta clasificación la propone en ocho secciones, á saber: primera, los verbos abstractos, sean ó no auxiliares; segunda, los técnicos; tercera, cuanto de bueno y de malo cabe hacer con la palabra (*apoyar, desbarbar, jactarse, ponderar, proparar, etc.*); cuarta, los afectivos ó de pasión; quinta, operaciones y empleo de nuestras facultades intelectuales; sexta, lo relativo al comercio y trato humano; séptima, el tecnicismo de empleos y destinos; octava, cuanto indica molestia, daño, castigo.—Así progresivamente se irían formando curiosas é instructivas series de palabras análogas, que descubran los grados, variedades, matices de un significado común en el fondo; resumen y complemento de toda sinonimia, recreación incomparable del sincero aficionado á los estudios y observaciones filológicas.

No menos abundoso de dificultades filológicas, que existen en gran número en esta ciencia, no de las más

cultivadas, se nos presenta también el importante discurso pronunciado por D. Francisco de Paula Canalejas en su recepción pública como individuo de número de la Academia Española, celebrada en 28 de Noviembre del año anterior. Propónese discurrir sobre las leyes que presiden a la lenta y constante sucesión de los idiomas en la historia indo-europea, que, en su sentir, se cumplen bajo los cánones siguientes, á saber: «una sola gramática y un sólo léxico existe y ha existido, crece y se desarrolla en la historia de las razas indo-europeas ó jaféticas hasta la EDAD MODERNA,—y la sucesión de las diversas lenguas habladas y escritas por los pueblos pertenecientes á esta raza atestiguan el progresivo desarrollo de las facultades del hombre y su creciente aptitud para decir la verdad y para expresar la belleza.»

Para demostrar esta tesis puede decirse que el Sr. Canalejas ha escrito, no una memoria, no un discurso, un libro; tan extenso é interesante es su trabajo, que podíamos llamar también tan nuevo, pues no le ha escrito sin estudio concienzudo y profundo de una porción de obras nacionales y extranjeras, y de sin número de cuestiones pertenecientes todas á la filología comparada y á la historia. Todas se reducen, sin embargo, no ya á proponer que todos los idiomas son dialectos ó derivaciones de un sólo idioma primitivo, sino que éste es cada vez más remoto, y en miles y miles de años, de lo que se había supuesto antes de ahora. El organismo de todas esas lenguas, su sintaxis, las leyes de sus derivaciones y flexiones, probarían, según el aserto del Sr. Canalejas, su afinidad, su hermandad, su procedencia de un tronco común. Y este tronco se supone hoy como cosa ya incontrovertible ser la raza Arya, de que proceden todas las lenguas indo-europeas, y á que los críticos y los filólogos quieren remontar más allá de diez y nueve mil años antes de Jesucristo. No acepta el Sr. Canalejas, según parece deducirse de una de las muy curiosas notas que quilatan su trabajo, semejante cronología; pero sí dice que es incuestionable que las cualidades inherentes á la raza Arya constituyen el elemento primero y sustantivo de todas las lenguas que la ciencia contemporánea comprende bajo la denominación de lenguas indo-europeas.

«Sólo los descendientes de aquellos primitivos Aryas, dice el nuevo académico, los pueblos que han recibido después los nombres de indos ó de pueblos de Iran, argo-pelasgos ó greco-latinos, germanos, lituano-eslavos, ó celtas, son las que han desarrollado en toda su extensión gramatical las leyes del espíritu humano, en cuanto concierne á su manifestación por medio de la palabra. Estas son las razas activas; estas son las razas filológicas, las que sucesivamente han podido llamar *líberbetras* á las demás porque no hablaban bien, y las que en su historia filológica y literaria demuestran todas las magnificencias de que es capaz el espíritu del hombre en el árduo é inabarcable empeño de decir lo que piensa y expresar lo que siente.»—«Sirviéndonos, dice más adelante, de los poderosos medios que los estudios de fonología y gramática comparada, que han crecido rápidamente una vez afirmada la unidad gramatical de estas lenguas, nos procuran, remontamos la corriente de las lenguas, que se derraman desde las altas mesetas del Asia Central hasta los últimos confines del Occidente, y conocemos las palabras al través de las diferentes formas fonéticas que han revestido y las vemos en su natural condición lexicológica, estudiando su modo de formación, sus declinaciones, su conjugación y todas las demás partes y funciones gramaticales, reconociendo que la unidad de la gramática indo-europea es un hecho incuestionable, sin que este hecho obste la variedad que representa la vida individual de los pueblos, de las razas, y que declara la peculiaridad de cada una de las civilizaciones de los pueblos. La formación de las palabras es la misma en Sanscrito, en Zend, en Latin y en Griego; la declinación con ocho, seis, cinco ó cuatro casos, pero con la misma ley gramatical y hasta con análogas leyes fonéticas, es la misma en Sanscrito, en Griego, en Latin, y el verbo por sus modos, voces, tiempos numerosísimos, que exquisitamente declaran lo que califica la acción y el instante en que la acción se cumple con relación al sujeto ó con relación al objeto, obedeciendo al mismo principio en Sanscrito, en Zend, en Latin, en Francés, en Español, en Esclavo ó en Gótico.» Contestó en nombre de la corporación al individuo de número Sr. D. Juan Valera, siendo inútil decir de cuántas pruebas tiene dadas de erudición y buen gusto en literatura, que su discurso fue oído con el mismo grado de interés con que lo había sido el del Sr. Canalejas.

Entre las recientes publicaciones que tiene anunciada la Academia Española, figura como una de las más importantes la de las célebres *Cantigas de D. Alfonso el Sabio*, á cuyo fin ha recogido de la Biblioteca del Escorial los códices que allí existían, siendo de suponer que tan

docta y celosa corporación habrá tenido también presentes otros diferentes códices que las contienen; pero de este trabajo, de los concursos ó premios ofrecidos por la misma Academia, así como de diversas tareas de la misma y de otras corporaciones sabias de nuestro país, nos ocuparemos paulatinamente, como hemos ofrecido, en próximas revistas.

FLORENCIO JAVIER.

LA AJUDA.

El 1.º de noviembre de 1755, á las nueve y cuatro minutos de la mañana, sintióse en todo Lisboa un ruido subterráneo, débil primero, más marcado luego, que iba en aumento con terrible asiduidad.

De pronto el suelo accidentado de esta gran ciudad comenzó á temblar; la tierra se conmovió hondamente; los valles de la ciudad se convirtieron en cerros, los cerros en valles; abriéronse enormes grietas por las cuales desaparecían las casas, rodeadas de una nube de polvo que oscurecía la atmósfera, y alzóse un concierto de gritos de dolor y desesperación, que servía de horrible coro al espectáculo de aquella inmensa catástrofe, la mayor que registra la historia de los pueblos, desde la desaparición de Pompeya y Herculano.

El primer temblor de tierra duró siete minutos, y fué seguido de otros muchos, más prolongados y violentos. Durante ellos, los edificios que habían logrado sostenerse en pie eran presa de las llamas, que se comunicaban de unos á otros devorando palacios y barrios que habían desafiado la acción destructora de los siglos, mientras que, saliendo furiosas de su lecho las aguas del Tajo, amenazaban tragar lo que restaba de la ciudad, contra la cual parecían conjurarse á un mismo tiempo la tierra, el fuego y el agua.

Caleóbase en 10.000 el número de las personas que murieron, y entre los edificios notables que desaparecieron se cuentan la basílica de Santa María, la rica patriarcal, la iglesia de San Antonio, el palacio de Justicia, el de los Ministerios, el Arsenal, la casa de la India, la Aduana, los Almacenes, la Vedovia, los palacios de Lafões, Cadaval, Aveiro, Marialva, Tavova, Fronteira, Valenza y Lourizal; las bibliotecas real, de Lafões, del convento de Santo Domingo, de Lourizal, de Magalhães, y en fin, el palacio real.

Por espacio de medio año continuó la tierra sufriendo numerosas sacudidas; motivos repetidos de alarma para una población donde la miseria, el hambre, la epidemia y el pillaje, consecuencias de la horrible calamidad pasada, parecían encargarse de completar la obra de acabar con Lisboa.

Destruído el magnífico palacio de Ribeira, levantado por el rey D. Manuel, fué D. José á vivir al abrigo de unas barracas formadas con la rapidéz que la situación exigía, á unos tres cuartos de legua del centro de Lisboa, sobre la corona de una eminencia cuyo declive hacia el Sur vá á concluir en la orilla del majestuoso Tajo.

El rey D. José no podía habitar en unas barracas, y al lado de ellas, y sin pretensiones de palacio, improvisó un edificio que le sirvió de morada.

Aún se conserva gran parte de ella cerrando al lado norte de la terraza del jardín botánico; aún se vea, convertidos en invernaderos, dos grandes salones, cuyos pintados techos parecen indicar que tuvieron otro tiempo más importante destino; aún se halla intacta el teatro donde por primera vez se oyó en Lisboa la ópera italiana; aún conservan ese nombre, *de la ópera*, el patio y la quinta que con el coliseo lindan.

En el mes de mayo de 1781 fué presa de un violento incendio la parte de aquel palacio provisional, comprendida entre el patio llamado de las Casinhas y el de las Castelhanas, y el marqués de Pombal, que hasta los estragos del terremoto había sabido poner al servicio de su gloria, haciendo que sobre lo que la naturaleza había destruido en algunos minutos se levantara una grande y hermosa ciudad, cien veces más bella que la de tiempos pasados, no vaciló en decidir que sobre lo devorado por el incendio se alzase un magnífico palacio.

Llamó á varios arquitectos y les encargó que le presentaran proyectos; lleváronle diversos y ninguno alcanzó á satisfacerle.

Fué por entonces nombrado ministro el conde de Castellomecor, que se hallaba de embajador de Portugal en Roma y que, al venir de la ciudad eterna, se traía consigo á un criado italiano llamado Favri, cuyo servicio era muy de su gusto, especialmente por la suavidad, la ligereza y la perfección con que le afeitaba.

Una mañana, mientras se dejaba hacer esta operación,

lamentábase delante de varios amigos íntimos, que se hallaban en su gabinete, de lo desgraciados que habían estado los arquitectos en sus proyectos de palacio.

El criado barbero escuchaba con gran interés mientras le pasaba la navaja, y como la oye decir: «¿quién sería capaz de concebir un gran pensamiento y de desarrollarle en un plano de palacio verdaderamente suntuoso! contestó, sin poderse contener:

—Yo.

Castellomecor volvió la cabeza, no queriendo dar crédito á sus oídos, y exclamó asombrado:

—¿Tú!

—Yo; repitió con aplomo Favri.

—Pero, ¿eres arquitecto?

—No, Excelencia.

—¿Has hecho estudios de arquitectura?

—No, Excelencia.

—Pues entonces ¿quién te mete á hablar de lo que no entiendes?

—Si su Excelencia me permite...

—¿Qué!

—Yo no soy arquitecto, ni he hecho estudios de arquitectura; pero soy un pobre hombre cuya mala suerte le ha obligado á recorrer toda Italia: la contemplación de tantos y tan magníficos monumentos ha despertado en mí la afición al arte; he visto, he observado, he aprendido á dibujar y me creo capaz de hacer el plano de un gran palacio.

—¿Hazlo? contestó Castellomecor, dominado por el tono resuelto con que su barbero acababa de hablar.

—Gracias, Excelencia, contestó Favri.

A los quince días desarrollaba delante de Castellomecor la planta y alzados de un vasto y suntuosísimo palacio, proyecto que mereció la aprobación general y pasó á ponerse en ejecución inmediatamente.

Así nació el palacio de la Ajuda.

Daremos ahora una idea del plano formado por Francisco Javier Favri, que tenemos á la vista.

La planta del edificio consistía en cuatro dilatados lienzos, dispuestos en forma cuadrangular, cada uno de ellos opuesto á uno de los cuatro vientos cardinales y rematados en los ángulos por elevados y majestuosos torreones. La traza del palacio era tal, que cada uno de los lienzos podía constituir digna habitación de un poderoso monarca.

En el centro de los lados E. y O. había dos graciosos vestíbulos duplicados, que á través de dos grandes patios cuadrangulares y de nuevos vestíbulos, conducían á una vasta rotunda central, coronada por una elevada cúpula.

De esta rotunda partían cuatro magníficas escalinatas, que daban brillante acceso á un salón, punto de partida para dirigirse á las cuatro principales secciones de este enorme edificio, compuesto de extensas galerías y salones, de multitud de salas y gabinetes, de las oficinas para todos los Ministerios, y de cuantos departamentos pueden necesitarse en un palacio de primer orden.

Sus dimensiones eran enormes; las fachadas E. y O. medían medio kilómetro cada una; las del N. y S. más de uno. Júzguese por estos solos datos la grandeza de tan suntuosa construcción, una de las más bellas de Europa, demasiado grande para los reyes del Portugal de hoy, pero no exagerada para los que eran señores del Brasil y de las vastas posesiones debidas á los descubrimientos de los navegantes portugueses.

Siendo regente D. Juan VI puso la primera piedra, y empezaron la obra, como era natural, bajo la dirección de Favri que murió pronto, y fué sustituido por el arquitecto Antonio Francisco Rosa, corriendo los trabajos diferente suerte durante las vicisitudes políticas de principios del siglo, á tal punto, que en 1813 aún se estaba construyendo la bóveda del vestíbulo, es decir, que todavía no estaba cubierta la planta baja de la parte del palacio hoy existente.

Preferimos consagrarla otro artículo, á prolongar demasiado el presente, rápida historia de un monumento imaginario, que era de necesidad para llegar á la descripción del monumento existente, tal cual le representa nuestro grabado.

Seguros estamos de que la vista que ofrece es enteramente nueva para la inmensa mayoría de los lectores: los españoles no tenemos por costumbre visitar á Lisboa; preferimos á conocer la península en que nacimos, á recorrer nuestras provincias mismas, tomar periódicamente el camino del Norte para ir á dejar, periódicamente también, nuestro dinero en Biarritz, en San Juan de Luz, en París y en Alemania, haciendo todos los veranos la vida de las golondrinas, que vuelven con la mayor regularidad á la vida del año anterior. En ninguna publicación española recordamos haber visto jamás un artículo consagrado á La Ajuda; en ninguna de cuantas

estamperías cuenta Madrid se halla una vista del palacio de los reyes de Portugal. Lo que vamos á decir de una residencia, situada á ménos distancia de Madrid que Barcelona ó Cádiz, tiene, pues, toda la novedad de una descripción del palacio del emperador de la China.

A. FERNANDEZ DE LOS RÍOS.

ENTERRAMIENTOS DE GARCILASO DE LA VEGA Y DE SU PADRE EN TOLEDO.

En una de las iglesias de Toledo más llena de obras de arte y recuerdos históricos, hay al extremo de la nave lateral de la derecha una capilla oscura y de reducidas proporciones, á la que dá entrada un gran arco redondo y macizo de estilo greco-romano.

En el textero de la capilla se levanta el altar, en cuyo retablo, cargado de adornos de gusto dudoso, pero ricos, se descubre la imagen de la Virgen que le dá nombre. La luz que penetra por la cúpula del templo y se derrama suave y templada por su espacioso ámbito, llega allí cansada y confusa, y sus reflejos azules se mezclan con la claridad rosada de un trasparente de color que ocupa el fondo del camarín de la Virgen, sobre el cual destaca por oscuro el contorno de la santa imagen. La primera vez que visité el convento á que pertenece esta iglesia, ni sabía su nombre ni mucho ménos los tesoros de arte que encerraban sus muros. Cansado de dar vueltas al azar por las calles de Toledo, acarté á pasar por una plazuela tan escusada y sola, que la yerba crecía entre las piedras como en un prado. Vi á medio cerrar el postigo de un templo, y entré en él, como entraba y salía por todos los que me iba encontrando en el camino.

El día estaba al caer, y en el interior reinaba el silencio más profundo, turbado sólo por el ruido de los pasos de una especie de sacristán que iba y venía á lo largo de las naves limpiando el polvo de los altares, arrastrando de acá para allá los bancos del coro, y atizando las lamparillas de un viacrucis.

Largó tiempo estuve examinando algunos sepulcros notables esparcidos en diferentes puntos de la iglesia, tratando de descifrar sus borrosas inscripciones á la escasa luz que penetraba por los vidrios de la cúpula. Creía encontrarme sólo en aquel sitio, sin otro compañero que el diligente sacristán, que no se daba punto de reposo en la operacion de su minuciosa limpieza más que para hacer una genuflexion delante de cada altar de los que iba sacudiendo.

No obstante, al cabo de algunos minutos me pareció oír hacía el más apartado ángulo del templo un murmullo levisimo; especie de confuso silabeo como de persona que reza en voz baja y sólo deja percibir á distancia el silbo suave de las eses que pronuncia.

Yo he oído muchas veces ¡quién no lo ha oído alguna! rezar á media voz á esas viejas devotas que, temblando la barbilla y arrebuñadas en un manto de bayeta negra, turban el grave silencio del santuario con una especie de salmodia risible, mezcla confusa de palabras gangositas, silbos ásperos que se escapan por entre las desiertas cejas, suspiros y gimoteos. Comprendí que alguien, una mujer acaso, rezaba envuelta entre las sombras del templo; pero lo comprendí recordando lo que habla oído otras veces, como podría reconocer á una persona de la que sólo hubiera visto antes la caricatura. En efecto, aquel rumor era en algo parecido; pero tenía notas y modulaciones de agua que corre, de seda que cruje, de alas que batan el aire.

Movido de la curiosidad, di algunos pasos en la direccion que lo percibía, y entré en la capilla. Entonces pude corroborar mi opinion de que, para ver á Toledo y sentirlo y sorprender esos cuadros que nos impresionan por su novedad ó su belleza, vale más discurrir sólo y sin rumbo fijo por sus calles, á lo que la casualidad ofrece, que no recorrerlo á escape con un ignorante cicero, especie de moscardon de las ruinas, que se os cuelga á la oreja zumbando atardeces.

El altar, de trazo grande y ornamentacion fastuosa, bañado en la sombra del batiente del arco, dejaba ver en su centro un luminoso óvalo de claridad rosada, en el cual se dibujaba la imagen de la Virgen como esas figuras que destacan por oscuro sobre el fondo de oro de las tablas de los antiguos maestros alemanes. La luz del trasparente venia á dar sobre el muro de la derecha, sobre una amplia hornacina, en cuyo hueco se contemplaban dos figuras colosales de guerreros completamente armados, que de rodillas y con las manos juntas

en actitud de orar, tenían sus ojos sin pupila vueltos hácia la imagen.

La diáfana claridad del tabernáculo y la fantástica blancura de las estatuas absorbían de tal modo la atencion, que al principio, y como no cesaba el murmullo de palabras que me habia llevado hasta aquel sitio, me hice un momento la ilusion de que se escapaban de los labios de piedra de aquellos inmóviles personajes.

Poco á poco logré darme cuenta de lo que me rodeaba, y entonces vi á una mujer arrodillada al pié del sepulcro. Yo no he soñado esa mujer. Viva y sana anda por Toledo: hermosa, alta, severa, que parece una figura bajada del pedestal de un claustro gótico. La he visto despues en muchas ocasiones, en las iglesias la mayor parte de ellas, en la calle algunas otras, y siempre me ha parecido extraordinaria, como conjunto maravilloso de líneas puras y correctas; pero nunca, cual entonces, pude sentir toda la inexplicable poesia que irradia y la hace aparecer encarnacion humana del mundo de idealidad que vive en Toledo; flor pálida de las minas que empuja de su juventud y belleza tiene algo de severo y triste, y se antoja un espíritu del pasado que viene al través de los siglos revistiendo diversas formas, y es como el alma inmortal de la ciudad muerta.

Yo tenía la noticia vaga de que en una de las iglesias de Toledo se hallaban los sepulcros del dulce poeta Garcilaso de la Vega y de su valeroso padre. ¿Dónde? No lo sabía. Esperaba encontrarlos en algunas de mis escursiones y conocerlos, bien por la inscripcion, bien por el carácter de las figuras. La hornacina en cuyo hueco estaban arrodilladas las dos estatuas carecia de inscripcion: en el muro no se encontraban tampoco. No obstante, la armónica y misteriosa relacion de los objetos que componian el cuadro que se ofrecia á mis ojos, me reveló que aquellos eran los sepulcros del guerrero y del poeta.

Involuntariamente me acordé de la Vega granadina y del sol espléndido que iluminó el famoso combate de García Laso *el de la hazaña*, cuando en presencia de los Reyes Católicos hizo morder al polvo al infiel, que por el polvo arrastraba el santo nombre de María. Este es, dije, aquel poeta en accion, que si no hizo versos, dió amplio asunto á la musa popular con su esbalerescas empresa. ¿Es que ilustró su vida con una alta empresa, llevando por dama de su pensamiento á la Reina de los Angeles donde podia dormir el sueño de la muerte, si no á la sombra de su altar, vestido de la armadura y vuelto aún hácia ella en muda y eterna oracion? Y aquel otro más alto y jóven á cuyos piés murmura aún sus rezos una mujer hermosa, ese, prosiguiendo pensando, ese es el que cantó *el dulce lamentar de los pastores*, tipo completo del siglo más brillante de nuestra historia. ¡Oh! ¡Qué hermoso sueño de oro su vida! Personificar en si una época de poesias y combates, nacer grande y noble por la sangre heredada, añadir á los de sus mayores los propios merecimientos, cantar el amor y la belleza en nuevo estilo y metro, y como más tarde Cervantes, y Ercilla, y Lope, y Calderon, y tantos otros, ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la accion y la idea, y morir luchando para descansar envuelto en los girones de su bandera y ceñido del laurel de la poesia á la sombra de la religion en el ángulo de un templo!

¡La luz de la lámpara que alumbraba la santa imagen tiembla hace siglos sobre tu noble frente de mármol, y entre la sombra parece que aún chispea tu blanca y fantástica armadura! ¡Ni una letra, ni un signo que recuerde tu nombre! ¡Qué importa! El curioso vulgar pasará indiferente junto á la tumba en que reposas; pero nunca faltará quien te adivine, nunca faltará alguna mujer hermosa que arrodillada en ese rincón, tan propio para la oracion y el recogimiento, venga á rezar á tus piés, regalándote el oído con la música de sus dulces y fervorosas palabras!...

En esto cerró la noche; la hermosa devota se levantó y se fué... andando sin duda... á mí me pareció entonces que deslizándose sin tocar el pavimento de la iglesia, como una forma leve que empuja el aire: el sacristán, que habia terminado su limpieza, comenzó á sonar el manejo de llaves, como diciéndome de modo indirecto que comenzaba á estorbar en el templo. Salí y me encaminé á la fonda. ¡Había visto, en efecto, el sepulcro de Garcilaso? ¿ó era toda una historia forjada en mi mente sobre el tema de un sepulcro cualquiera? Tenia un medio de salir de dudas: consultar la guía del forastero en Toledo. Pero temia equivocarme. Despues de todo, yo no trataba de hacer un estudio serio de la poblacion, ni de pertrecharme de datos eruditos. Tanto me importaba creer que lo habia visto, como verlo.

No obstante, despues de vacilar un rato, resolví salir de la duda, abrí el libro y lei:

«En el convento de San Pedro Mayor de Toledo y en

«la capilla de la cabecera de la nave lateral derecha, en «que hay un altar churrigueresco con la imagen (muy «venerada en esta ciudad) de la Virgen del Rosario, se «hallan empotrados en el muro los sepulcros del poeta «Garcilaso de la Vega y de su valiente padre del mismo «nombre, cuyas dos estatuas de mármol, armadas á la «antigua y arrodilladas hácia el altar, no crecen de mé- «rito.»

Ultimamente, los restos del ilustre soldado y poeta fueron conducidos en pública procesion á la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, donde esperan en un rincón de la sacristía la resurreccion de la carne y un monumento en el panteon nacional.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

TIPOS DE SORIA.

ALDEANOS DE FUENTE TOBA, PASTOR DE VILLACIEVOS Y LEÑADOR DE LOS PINARES.

La falta de fáciles comunicaciones y la escasa noticia que generalmente se tiene acerca de las particularidades de la provincia de Soria, son en primer término la causa de que rara vez la visiten los artistas y viajeros. No obstante, así en monumentos de arte, como en costumbres, trajes y tipos, guarda esta olvidada provincia un verdadero tesoro.

En los dos dibujos que ofrecemos hoy á nuestros lectores, pueden estudiarse algunos de estos trajes y tipos, que pronto desaparecerán, sin que de ellos quede rastro, si ántes no se procuran consignar, ya en el lienzo, en libros especiales ó en publicaciones ilustradas.

En los aldeanos de Fuente Toba llaman en primer término la atencion el colete de paño burdo y la alta montera, tan comun en otras provincias, y que en Castilla sólo se encuentra en algunas localidades. El corte del jubon y el manto ceñido de las muchachas recuerdan la moda de los siglos medios, en que se procuraba deprimir el pecho de las mujeres, hasta el punto de hacerle casi desaparecer, como se observa en las esculturas, iluminaciones y tablas de aquella época.

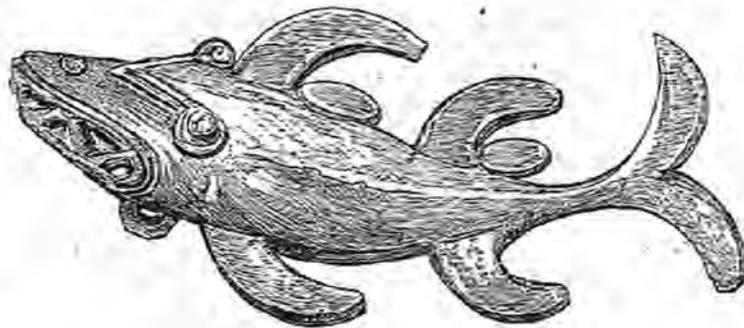
La *capa blanca* del pastor de Villaciervos es una prenda de las ménos comunes, y sin duda la que más recuerda el origen árabe. En los bajo relieves de un curioso edificio bizantino de Soria (San Juan del Duero) se observan, entre otras, varias figuras de pastores en el acto de adorar al Niño Dios, y casi todas ellas llevan la característica capa blanca de capucha. Estos bajo relieves son próximamente de principios del siglo XII ó fines del XI, época en que no hacia mucho la provincia habia dejado de pertenecer á los árabes.

En cuanto al leñador que viste una cumplida dalmática de manga ancha y deja aún flotar sus cabellos sobre el hombro recortándolos en forma de fleco sobre las cejas, reproduciéndole tal como puede observarse, con la barba crecida y fosa, calzado de abarcas de cuero, cuyos cabos suben dando vueltas hasta la mitad de la pierna, y con el hacha sujeta á la cintura por un cinturon de cáñamo, se tendria el tipo más general del hombre del pueblo español en diferentes periodos históricos. Recuerda la gente *bracata* de los cultíberos, que con tanto denuedo pelearon en Numancia, junto á cuyas ruinas vive. Trae asimismo á la memoria el tipo del siervo godo y el del plebeyo castellano de la Edad Media. El pintor de historia que, dejando á un lado los modelos académicos y vulgares, se empapase en el carácter de estos tipos, ganaria mucho bajo el punto de vista de la verdad y la belleza en sus cuadros.

En el desarrollo de la publicacion de nuestro periódico tendremos tiempo de ocuparnos de la provincia de Soria, dando á conocer algunos de sus más notables monumentos de arte, entre los cuales los hay de gran interés y completamente desconocidos, al par que trazaremos cuadros de las antiquísimas y tradicionales costumbres que aún se conservan en la capital y en muchos de los pueblos de la provincia.

De este modo, y haciendo extensivo este género de estudios á las diversas localidades de España, procuraremos llenar el vacío que se nota por la falta de una publicacion especial destinada á recoger tan curiosos datos.

IDOLOS AMERICANOS.



IDOLOS Y AMULETOS DE ORO DEL TAMASO DEL NATURAL.

ANTIGÜEDADES AMERICANAS.

Como objetos antiquísimos, muy raros y sumamente curiosos, tenemos el gusto de remitir hoy a LA ILUSTRACION DE MADRID los dibujos que anteceden, copia exacta, en sus dimensiones y en todo, de tres figuras moldeadas de oro puro, con peso de tres á cuatro onzas cada una, que representan un caiman y dos idolillos, y que por el anillo ó asa que tienen en su parte posterior, han debido llevarse colgadas al cuello sirviendo de amuletos; cuyos objetos pertenecen á nuestro amigo D. Antonio Cabrero, acaudalado comerciante de Santander.

Dichas figuras se hallaron dentro de unos sepulcros indios en Chirigui, provincia de Santa Fé de Bogotá, en Nueva Granada, con infinitas más de su clase, pero de distintas formas, que se vendieron casi de balde por sus primeros inventores, y que luego fueron á parar á una de las platerías de París, y probable y lastimosamente para la ciencia arqueológica, á los crisoles de su nuevo dueño.

REMIGIO SALOMON.

BUSTO DEL SR. ECHEGARAY, POR EL ESCULTOR SR. GRAJERA.

El artículo de la Constitución en que se establece la libertad de cultos, dió motivo á elocuentísimos discursos en el seno de la Representación Nacional.

Uno de los que más impresión produjeron, y con mayor entusiasmo fueron recibidos por los partidarios de la libertad de conciencia, fué, como recordarán sin duda nuestros lectores, el del Sr. Echegaray.

Al día siguiente de pronunciar el discurso á que nos referimos, varios de los compañeros y amigos del orador, entre los que se encontraban hombres políticos, de ciencia y artistas, le obsequiaron con un banquete. En esta agradable fiesta hubo algunos brindis alusivos al objeto que allí á todos reunía, é invitado el Sr. Grajera á pronunciar el suyo, se excusó de hacerlo en aquel momento diciendo: que él brindaría más tarde con su cincel, reproduciendo sobre el mármol el busto del orador demócrata.

El Sr. Grajera ha cumplido su promesa. Por el grabado que damos en la primera plana de nuestra revista, pueden juzgar del acierto y condiciones artísticas con que ha realizado su obra aquel distinguido escultor.

POZO ÁRABE DE TOLEDO.

El pozo cuyo dibujo pueden ver los lectores de la ILUSTRACION en sus columnas, es un precioso ejemplar de los productos de alfarería de los árabes toledanos.

En la calle de San Ildefonso, y próximo á la capilla levantada sobre el mismo terreno en que es tradición vino al mundo el célebre arzobispo de Toledo, hay un pequeño jardín hecho sobre el solar de una antigua casa.

En el extremo de este jardín existía, desde hace mucho tiempo, un pozo cuyo informe brócal presentaba el aspecto de un mal trazado círculo de ladrillos revestido de argamasa oscura. Al tratar de destruirlo, apareció debajo de la gruesa corteza que lo envolvía, el que es ob-

jeto de nuestra ilustración, que por su sencillez y elegancia constituye un ejemplar digno de estudio del arte árabe español.

Este hermoso brocal es de tierra roja cocida y bañada, y su adorno lo forman dos grecas, por entre las cuales corre rodeándolo una magnífica inscripción en caracteres cúficos ornamentales. La inscripción y la greca son verdes y destacan por el color y el alto relieve que presentan sobre el fondo blanco mate del brocal.

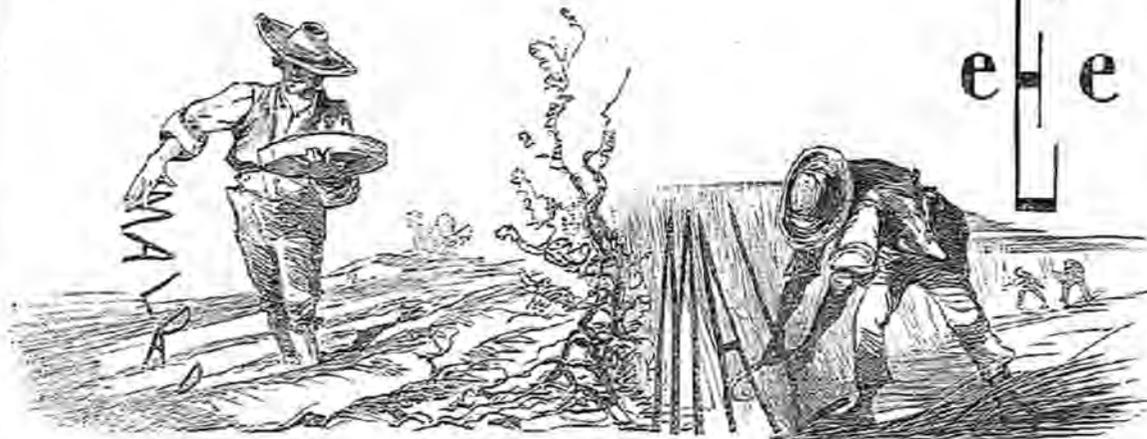
Escrupulosamente copiada, damos aparte la inscripción con un doble objeto: el de que los orientalistas la estudien y la traduzcan, si es posible, toda vez que ya algunos verdaderamente dignos de este nombre, á quienes hemos acudido, hallan bastante difícil la empresa,

y el de reproducir un curioso modelo de los caracteres cúficos empleados en la época que podríamos llamar clásica de la arquitectura árabe española, de los cuales se encuentran raras inscripciones, no recordando nosotros ninguna en que sólo la letra, sin combinarse con otros extraños á su configuración, forme un adorno tan rico, tan elegante y completo.

El Sr. D. Francisco Hernandez, vecino y propietario de Toledo, y dueño del jardín en que hasta ahora ha existido este pozo que nosotros hemos tenido ocasión de copiar en el mismo punto donde se encontró, lo ha regalado últimamente al Museo de aquella ciudad, dando así una prueba de generoso desprendimiento y de amor á las artes.

B.

JEROGLÍFICO.



Solución del anterior: MAS DA EL DURO QUE EL DESNUDO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los días 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados en color y en tinta esquistos, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Un mes.	8 reales.
Tres meses.	22 "
Medio año.	42 "
Un año.	81 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	26 "
Medio año.	51 "
Un año.	101 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 "
Un año.	169 "
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	209 "
Cada número suelto en Madrid.	4 "

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficina, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Duran, San Martín, Gaspar y Bolognini y Union de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 30.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Un mes, las dos publicaciones.	10 "
Tres meses.	28 "
Medio año.	52 "
Un año.	102 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 "
Medio año.	56 "
Un año.	112 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	90 "
Un año.	180 "

NOTA. No se servirá suscripción alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos. Unico correspondiente en la isla de Cuba, D. A. Chao, Habana.